
3 1761 03638 2687

BIBLIOTECA CLASICA ESPAÑOLA DE LA JUVENTUD
VOL. I.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICIÓN EN QUE SE HAN TENIDO PRESENTES LAS MEJORES
PUBLICADAS HASTA AHORA
CON NOTAS DE LOS COMENTADORES MÁS INSIGNES DE ESTA OBRA
ARREGLADA
PARA TODA CLASE DE PERSONAS
Y EN ESPECIAL PARA USO DE LOS COLEGIOS

POR

D. DOMINGO ABEJA

TOMO I



SARRIÁ-BARCELONA
TIPOGRAFÍA Y LIBRERÍA SALESIANAS
1896

INTRODUCCIÓN

Al tratar del más ilustre de los escritores españoles, toda pluma, según la expresión de Gil de Zárate, se siente desfallecida; tanto se ha dicho además acerca de sus obras, tan conocidas son, tan estudiadas están, que en vano se buscarían nuevos encomios, y no hay para qué extenderse demasiado en materia sobre la cual nada queda por decir. En consecuencia seremos breves: Principiaremos por bosquejar su vida, siguiendo ora al erudito Don Martín Fernández Navarrete, ora al docto y diligentísimo analizador del *Quijote* Don Juan Eugenio Hartzenbusch, y tras unas pocas observaciones, autorizadas por literatos de primer orden, declararemos en dos palabras el motivo que nos ha inducido á publicar la edición presente.

Nació Cervantes en Alcalá de Henares, y á 9 de octubre de 1547 fué allí bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor. Sus padres, don

Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortina, aunque de noble alcurnia, eran pobres, y difícilmente podían dar una educación esmerada á su hijo.

Estudió humanidades con el presbítero D. Juan Lope de Hoyos que le llamaba su *caro discípulo*, por sus grandes progresos y su temprana afición á la poesía, en la cual, sin embargo, á pesar de su ingenio, constantes esfuerzos y extremada afición jamás pudo elevarse á la altura de los célebres poetas que entonces florecían en España. Estos son los únicos estudios que se le conocen; pues aunque se dice cursó dos años en Salamanca, no está probado; y aun siendo cierto hubo de dejar las aulas de aquella famosa universidad, sin duda á causa de los escasos bienes de fortuna de sus padres, y de la necesidad de adoptar algún medio de subsistencia. No obstante conoció á fondo los escritores latinos; adquirió en sus viajes, con la lectura y trato de hombres ilustrados, gran copia de conocimientos, y sobre todo se aficionó extraordinariamente á nuestros poetas: leyó infinidad de libros de caballería y cuantas obras de entretenimiento se conocían, y manifestó particular inclinación al teatro que se hallaba entonces en mantillas. Pero donde más aprendió fué en el gran libro del mundo, y á él debió aquella verdad que reina en sus escritos, aquel estilo puro, na-

tural y fácil á par que pintoresco, tan distante de la afectación que contaminaba á los demás escritores.

Apenas había concluído Cervantes sus primeros estudios, ansioso de correr tierras, quiso probar fortuna, y aprovechando la ocasión de hallarse en Madrid el cardenal Aquaviva con una misión del Padre Santo, logró entrar en su servidumbre. y marchó con él á Roma. No hubieron sin duda de alegrarle las funciones casi domésticas á que tendría que sujetarse en la casa de aquel prelado; y llevado de su ardor marcial, se alistó soldado en las banderas del general de las armas del Papa, Marco Antonio Colona, en ocasión que se estaba concertando contra el poder musulmán la famosa liga de príncipes cristianos que tuvo feliz término en la gran batalla de Lepanto. Asistió Cervantes á esta jornada en las galeras del mismo Colona: hizo prodigios de valor, recibió tres heridas, dos en el pecho y una en la mano izquierda que le dejó manco; y mereció que Don Juan de Austria, al visitar los heridos, le aumentase tres escudos más á su paga ordinaria: única recompensa que recibió de su patria el hombre que tanto había de ilustrarla.

Continuó Cervantes en las mismas banderas, hallóse en las expediciones de Navarino, Túnez y la Goleta; y agregado después á las tropas

españolas de la guarnición de Nápoles, estuvo en aquella capital hasta el año 1575. Trató entonces de volver á España con el objeto de reclamar la recompensa de sus servicios, y se embarcó en la galera *Sol* con un hermano suyo. Pero le estaban reservados nuevos infortunios: el 26 de septiembre fué la galera acometida por la escuadra de Arnaute Mamí, y apresada, después de una vigorosa resistencia, por la goleta de Arraez Dalí, quedó Cervantes esclavo de este caudillo moro que le llevó á Argel, y haciéndole cargar de cadenas, exigió de él un crecido rescate, por creerle un noble y rico caballero, á causa de unas cartas de recomendación para el rey que se le habían encontrado.

Cinco años y medio sufrió la cautividad, haciendo en todos ellos prodigios de ingenio y valor para escaparse, tentativas que le hubieran costado la vida, á no ser por la misma admiración que causó en los moros su arrojo y osadía. En vano sus padres empeñaron gran parte de sus bienes para rescatarle; sólo pudo serlo su hermano, y él no consiguió la libertad hasta 1580 en que le rescataron los religiosos de la Trinidad, dando al efecto en oro español quinientos escudos.

Tenía entonces treinta y tres años. Sin bienes de fortuna, hallábase en todo el vigor de su juventud, rico de ingenio y con no escasos cono-

cimientos adquiridos en sus viajes por Italia; y aunque continuó sirviendo todavía por algún tiempo en el ejército, y tomó parte en las expediciones de Portugal y de las islas Terceras con el marqués de Santa Cruz, resolvió por fin abandonar el ejercicio de las armas y dedicarse á tareas literarias, animándole á ello el trato que tuvo con varios ingenios que á la sazón florecían.

La primera obra que dió á luz fué la *Galatea*, novela pastoril, publicada en 1584, año en que se casó, en la villa de Esquivas, con doña Catalina de Palacios Salazar.

A los cuatro años (1588) pasó Cervantes á Sevilla y fué nombrado comisario proveedor de víveres para las armadas y flotas de Indias; fué después cobrador de alcabalas: cargos uno y otro de poco valor, de que no sacó gran provecho ni honra. Llamado á principios de 1603 á la Corte, que era entonces Valladolid, para satisfacer á cargos que se le hacían por un descubierto de dos mil y pico de reales, que satisfizo, allí residía cuando salió á luz en Madrid la Primera Parte de su libro inmortal, justamente titulado *Ingenioso*. Impreso en 1605, la nación comprendió su valor y lo aplaudió con entusiasmo. Publicáronse en ese mismo año seis ediciones, y á poco tiempo su boga fué inmensa, y la fama del autor voló por todas partes.

Había censurado Cervantes en el prólogo de su obra y en el cuerpo de ella, además de los vicios en que abundaban los libros de caballerías, principal objeto del *Don Quijote*, las impropiedades y desarreglo de muchas composiciones dramáticas, y la desacertada mezcla de lo sagrado con lo profano en novelas. Resentido vivamente de ello un escritor, que ocultó su nombre, publicó en Tarragona el año 1614 un *segundo tomo de Don Quijote*, cuando tenía Cervantes escritos cincuenta y ocho capítulos de su Segunda Parte, que no pasa de setenta y cuatro. Contaba Cervantes á la sazón sesenta y siete años, vividos entre penalidades y apuros, y hallábase enfermo. Grande inquietud hubo de producirle la publicación de un libro, cuyo autor aseguraba desvergonzadamente en su prólogo que le quitaría la ganancia, como si fuera cosa de poco momento privar de recursos á una familia pobre [1]; sea lo que fuere, lo cierto es que Miguel de Cervantes Saavedra, que, habiendo concebido el gran pensa-

[1] El autor de esta producción grosera é insultante ocultó su verdadero nombre bajo el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. El Quijote de Avellaneda, dice Ticknor *(Hist. de la lit. esp.)* aunque no falto enteramente de mérito, es en general insulso y pesado, y de seguro estaría ya olvidado completamente á no ser por su enlace con la eterna fama del *Quijote*.

miento del *Quijote*, merecía cuando menos que se le dejara completarlo, concluyó sobresaltadamente su obra, la dió á luz en 1615 después de noviembre, y murió á 23 de abril de 1616 en la casa esquina á la calle de León, donde hoy ve Madrid la medalla de mármol, que nos pone delante su inolvidable fisonomía.

La Segunda Parte del *Quijote* contradice el proverbio que en ella misma cita Cervantes, de que *nunca segundas partes fueron buenas*. Si bien es verdad que la Primera ofrece más originalidad y es más propia del objeto que su autor se propuso, la Segunda es más perfecta: «hay en ella, dice D. M. de la Revilla, más lozanía y vigor, y si la caricatura llega casi á pasar el límite señalado, la invención, los pensamientos, el estilo y hasta la materia son más felices, y la ejecución más acabada.»

No hay obra de Cervantes, ni quizá de escritor alguno, que haya alcanzado mayor celebridad que el *Quijote*[1]. Como novela aun no tiene rival, según Federico Schlegel lo patentiza con sabios argumentos. «El *Quijote*, á juicio de Ticknor,

[1] Asegura D. Manuel de la Revilla que pasan con mucho de un millar las ediciones que se han hecho de ella, ora en español, ora en inglés, francés, italiano, portugués, alemán, sueco, polaco, dinamarqués, griego, ruso, rumano, catalán, vascuence y latín.

es obra superior no sólo á todas las de su época sino á las de los tiempos modernos; que lleva impreso el sello del carácter nacional, y que por lo tanto ha gozado siempre del más alto favor y aprecio á que no ha podido llegar obra alguna [1].» En concepto de Valera, «el *Quijote* es una novela que excede tanto en hermosura, en grandeza, en esplendor y en todo á cuantas novelas antes y después se han escrito, como el sol á cuantos planetas y cometas van girando en torno de él por el éter.» «Se me figura, añade, que en lo humano, y como libro de entretenimiento, en prosa, es el mejor que se ha escrito en el mundo [2].» Basten estas autoridades para probar nuestro aserto; pues seríamos interminables si quisiéramos multiplicarlas.

La literatura clásica española, con ser tan rica, no tiene tampoco libro más apreciable respecto al lenguaje y al estilo. La claridad, fluidez, pureza y armonía, la naturalidad y desenfado, la agradable variedad, las pinturas frescas, llenas de vida y colorido campean en todo él unidas á una originalidad incomparable; los vivos fulgores y galas delicadas de la imaginación se hermanan por modo sorprendente con el discurso de la razón más cultivada; y dado que este libro es

[1] *Hist. de la Lit. Esp.*
[2] *Nuevos Est. Críticos.*

el más famoso de cuántos han compuesto nuestros grandes maestros, hasta el punto de haber dado lugar á que al habla hermosa de Castilla se llame lengua de Cervantes, merece estudiarse con gran constancia por quienquiera que aspira á manejar con gallardía y desenfado la prosa castellana.

*
* *

El genio original y creador de Cervantes se ostenta sobre todo en la pintura de los caracteres. Son de admirar especialmente los de Don Quijote y Sancho Panza, los cuales puede decirse que simbolizan toda la ficción.

Estúdiense ambos tipos, cuyo contraste encierra un fondo inagotable de gracia, y se verá cuánto hay en ellos de cuerdo y verdadero, á pesar de tanta locura y extravío.

Don Quijote es un visionario continuamente delirante en un mundo fantástico. Sancho Panza es tan material en sus inclinaciones, que aun del mundo real no entiende sino lo que puede satisfacer sus groseros apetitos. Sancho conoce lo ridículo de la exaltación de su amo: Don Quijote reprende en su escudero la bajeza de sus pensamientos: Uno y otro discurren bien cuando no se toca á su respectiva manía.

«Don Quijote al servicio de un ideal racional y posible, sería un héroe ó un mártir; su amor al bien y á la justicia, su abnegación y su valor, son cosas bellas y nobles, pero mal encaminadas y malgastadas en objetos indignos y empresas imposibles. Sancho, con sentido práctico y algo de ideal y elevación de miras, sería el buen sentido y la sana razón. Dése al primero el convencimiento de la realidad, que le falta, y al segundo el sentimiento de lo ideal, de que carece, y ambos dejarán de ser ridículos para ser perfectos en lo humano. Por eso ambos inspiran juntamente burla y respeto, risa y simpatía [1].»

«Para el alma noble, Don Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo.

La sencilla credulidad de Sancho y su natural deseo de mejorar de fortuna constituyen el elemento cómico de su carácter. Pero un entendimiento claro y elevado no es la sola prenda por donde los hombres se hacen amar y respetar de sus semejantes. La bondad, el candor y la dulzura, inspiran amor y le reclaman. En este sentido Sancho es amable. Con justicia le llamaba D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y sincero.

[1] TIKNOR, *Hist. de la lit. esp.*

Los personajes del Quijote tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en el respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios [1].» Esos personajes, descritos con singular propiedad, quedan fijos é indelebles en la mente: el *animoso caballero, de complexión recia, alto de cuerpo, seco de carnes, enjuto de rostro, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos*, y el escudero de *barriga grande, de talle corto y las zancas largas, simple y hablador, costal lleno de refranes y de malicias*, existen en la memoria de cuantos los conocen, con más vida que ninguna otra creación del talento humano.

*
* *

El fin que se propuso Cervantes en el *Quijote* fué el de exterminar los libros de caballería; no hay que suponer en él una segunda intención, ni *filosofía oculta*. Cervantes mismo lo afirma repetidas veces que su único propósito fué acabar con la literatura caballeresca; y, si hace á las

[1] VALERA, *sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.*

veces una que otra alusión, no le anima ningún móvil mezquino, ni su libro entraña nada de simbólico.

Empeñados algunos cervantistas en descubrir nuevas trazas é invenciones en el *Quijote* han dado en la flor de imaginarlas á toda costa. Mas si Cervantes hubiera querido decir algo arcano en su *Quijote*, y que leyéramos entre renglones, por decirlo así, su pensamiento oculto, ni á él ni á nadie serviría esto de provecho. Para Wínkelmann, por ejemplo, nota Valera, no sería mayor el mérito de Apolo de Belvedere, porque un alambicador anticuario viniese á demostrar, que tal pie lo tiene la estatua en tal postura para significar tal cosa; tal mano para explicar ó indicar tal idea; que con las orejas denota esta ó aquella máxima de filosofía; que con las narices simboliza uno de los misterios más hondos de Samotracia; que con el pecho, modelado de cierta manera, da razón de todo el saber de Orfeo; y que con la espalda y los muslos pone en claro toda la *aritmosofía* de Pitágoras y todos los recónditos y proféticos concepto de las sibilas. Wínkelmann diría que todo esto no valía nada en comparación de la belleza artística del Apolo, y que el Apolo era admiración de los hombres, no porque enseñaba aquellas cosas, sino porque realizaba la hermosura en el grado más sublime de

perfección; porque era el más alto ideal del arte, que de la antigüedad se conserva.... ¿A qué propósito había de haber guardado Cervantes, bajo el sello del hieroglífico, esas útiles y grandísimas enseñanzas? ¿Qué filósofo, ni qué sabio hizo jamás tal cosa?»

*
* *

Tuvo bien pronto Cervantes la satisfacción de ver conseguido su intento.

Los libros de caballerías, puestos por él en ridículo, fueron sepultados para siempre en el olvido. Acaso, pues, se dirá le ha pasado al *Quijote* su época, y no tiene ahora mayor interés su lectura.

No, de ninguna manera, responderemos con un eminente escritor: «por más que el fin ostensible del autor esté siglos ha conseguido; por más que no se lean ya libros de caballerías, agrada y sorprende y enseña el *Quijote* hoy como cuando fué divulgado, porque las condiciones de verdad, bondad y belleza que junta, no son transitorias; porque hay todavía, y nunca dejará de haber, escritos de errónea doctrina, muy capaces de seducir, de enloquecer y formar *Quijotes;* porque hay y habrá siempre quien se deje llevar de un deseo irrealizable, hijo de una fantasía sin freno,

y corriendo por la senda de la vida á ciegas, dará con la frente en rudos obstáculos, que le arrojarán al suelo despechado y herido [1].» *Cervantes*, advierte muy acertadamente Gil de Zárate, *se ha puesto al lado de Homero para ser eterno con él, y para embelesar todavía más á las generaciones.*

*
* *

Con más razón dicen otros: *Menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene.*

Es verdad, «el siglo de Cervantes no era tan delicado. No en obras narrativas tan sólo, hasta en comedias que representaban mucho, y habían sido compuestas por sujetos ilustrados y virtuosos, aparecían hechos y se proferían dichos, para nosotros insoportables [2].» «La decencia el recato, y el comedimiento en el lenguaje, no son la moralidad misma, añade Valera; pero son clara muestra del respeto que á la moralidad se tiene. Así como en un salón elegante y entre personas cultas, no se sufrirían las palabras y frases que se consienten y hasta se aplauden en una taberna ó en un garito, así en nuestra sociedad más culta

[1] Hartzenbusch, *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote.*
[2] Id.

y mejor mirada que las antiguas, no se sufren las groserías é insolencias que entonces no escandalizaban. El escritor público, ni aun como cita, ni aun para censurar, puede repetir ahora los dichos infames y las malas palabras que entonces se usaban sin que los oídos se ofendiesen, y tal vez sin que el rubor asomase á las mejillas de nadie [1].» Esta es la razón que nos ha movido á arreglar la presente edición, expurgada de los pasajes inconvenientes.

Nos hemos esforzado en hacer un trabajo esmerado y concienzudo, teniendo muy en cuenta los mejores que sobre la materia se han publicado hasta el día; lo hemos ilustrado con copiosas notas de los comentadores más insignes del *Quijote* y de otros escritores de cuenta, y nada hemos, por fin, omitido para procurar sea digno de la buena aceptación del público y de particular ventaja á la juventud.

EL EDITOR

[1] Valera.

AL DUQUE DE BÈJAR,

MARQUÉS DE GIBRALEÓN, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar á luz EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA *al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.*

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRÓLOGO

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo

que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna; y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de *Don Quijote*, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres; porque ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación), y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo.

Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría, y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mío gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer á la historia de *Don Quijote*, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero.

Porque, ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristotéles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elegantes? Pues ¡qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son

unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte, y en Zôilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno, y pintor el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no los igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mío, proseguí, yo determino que el señor *Don Quijote* se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quién le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión

y elevamiento en que me hallastéis: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual, mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando con una carga de risa, me dijo: Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo, como está el cielo de la tierra.

¡Cómo! ¿qué es posible que cosas de tan poco momento, y tán fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un genio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso *Don Quijote,* luz y espejo de toda la caballería andante.

Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decía: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor, y reducir á la claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo: Lo primero en que reparáis, de los sonetos, epigramas ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos; y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisieréis, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiera algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan, y murmuren de esta verdad, no se os dé dos marvedís. porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribisteis.

En lo de citar en los márgenes los libros y autores de donde sacaréis las sentencias y dichos que pusieréis en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepáis de memoria, ó á lo menos que os cueste poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro;

y luego en el margen citar á Horacio [1], ó á quien lo dijo.

[1] No fué Horacio quien lo dijo, sino el autor anónimo de las fábulas llamadas *Esópicas*, libro III, fábula 14 del *Can y el Lobo*. CLEMENCÍN.

Si trataréis del poder de la muerte, acudid luego con:

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, Regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraos luego al punto por la Escritura divina. que lo podéis hacer con tantico de curiosidad. y decir las palabras, por lo menos, del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.*

Si trataréis de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Catón que os dará su dístico [1]:

Donec eris felix, multos numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con esos latinicos, y otros tales, os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy.

[1] Este dístico no es de Catón ni se halla entre sus versos, sino de Ovidio. V. ALBERTO FABRICIO, *Bibliot. lat.*, t. I, l. IV, C. I. ARRIETA. Atribuyendo Cervantes á Horario y á Catón versos de otros autores, se burlaba de los que habían querido dar pruebas de conocer á fondo ciertas obras cuando apenas habían saludado algunas de sus páginas. JANER.

En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer de esta manera. Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golías; y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: *El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes...* en el capítulo que vos hallaréis que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en* tal lugar, *y muere en el mar Océano besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro*, etc.

Si trataréis de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros.

Si trataréis de amores, en vuestra casa tenéis á Fonseca, *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia.

En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros los márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníais de aprovecharos de ellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro; y más, que no habrá quién se ponga á averiguar si los seguistéis ó no los seguistéis, no yéndole nada en ello: cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles,

ni dijo nada S. Basilio, ni alcanzó Cicerón, ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento; sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y puesta esta vuestra escritura no mira más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzaréis y fuere posible, vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y oscurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el meláncolico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el

grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, lleva la mira puesta á derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzáseis, no habíais, alcanzado poco.

Con silencio grave estuve escuchando lo que mi amigo me decía; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso *Don Quijote de la Mancha*, de quien hay opinión por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. *Vale.*

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme [1], no há mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero [2], adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón [3] las más noches, duelos y quebrantos los sábados [4], lantejas los viernes, algún palomino de aña-

1 Este lugar es Argamasilla de Alba, según lo demuestra Hartzenbusch.

2 O lancera, que era un estante donde los hidalgos ponían las lanzas en el patio o soportal de sus casas. Pellicer. La adarga, que se menciona en seguida, era un escudo de cuero ovalado ó de figura de corazón.

3 Fiambre de carne picada, compuesto y aderezado con pimienta, sal, vinagre y cebolla.

4 Era costumbre de algunos lugares de la Mancha traer los pastores á casa de sus amos las reses que entre semana se morían, ó que de cualquier otro modo se desgraciaban, de cuya carne deshuesada y acecinada se hacían y hacen salones. De estos

didura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo de velarte[1], calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo[2], y los días de entre semana se honraba con su vellorí[3] de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la

huesos quebrantados y de los estremos de las mismas reses, se componía la olla (llamada también cocido), en tiempo en que no se permitían en los reinos de Castilla comer los sábados de las demás partes de ellas, ni grosura, cuya costumbre derogó Benedicto XIV. Esta comida se llamaba *duelos y quebrantos*, con alusión al sentimiento y duelo que causaba, como es regular, á los dueños el menoscabo de su ganado, y el quebrantamiento de los huesos; así como para significar una pobre y escasa comida, se decía y dice todavía hacer penitencia, o azotes y galeras. PELLICER.

1 Velarte era el paño fino de color de ala de cuervo.

2 Las calzas y pantuflos de velludo eran las medias y borceguíes y los zapatos y chinélas de felpa o terciopelo. ARRIETA.

3 Vellorí es un paño entrefino y sin teñir, del color de lana, pardo y ceniciento.

caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto; que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer; y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva [1], porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas [2] razones suyas le parecían de perlas; y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desvaríos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.* Y también cuando leía: *Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedora del merecimiento que merece vuestra grandeza.*

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros [3] que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la prome-

1 Los libros que tan bien parecían á Don Quijote se intitulan: *La crónica de los muy valientes caballeros don Florisel de Niquea y el fuerte Anagartes... Enmendadas del estilo antiguo, según que la escribió Zirfea, reina de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva. Zaragoza, 1584.* PELLICER.

2 *Intricado* de *intricar* se escribió algún tiempo, pero después se introdujo una *n* debiéndose decir por tanto *intrincar.*

3 Antiguamente se daba también este nombre á los cirujanos, hoy no puede usarse en esta acepción.

sa de aquella inacabable aventura; y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin, al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza), sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Ingalaterra ó Amadís de Gaula; mas Maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio [1]; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino á perder el juicio.

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Decía él que el Cid Ruí Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor es-

1 Esto es, las noches y los días enteros.

taba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto á Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigántea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende [1] robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón [2], al ama que tenía y aun á su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba; y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que

1 Allende equivale aquí á de ultramar ó de allende el mar.
2 Uno de los doce Pares, llamado el traidor, por haber entregado el ejército francés á los moros.

tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana. Y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos; y por asegurarse de este peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocín; y aunque tenía más cuartos que un real [1], y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit* [2], le pareció que ni el Bucéfalo [3] de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban.

Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque según se decía él á sí mismo, no era

1 Cuarto significa aquí cierta enfermedad que da á los caballos en los cascos; y con este equívoco se da á entender que Rocinante tenia más achaques que un real cuartos. PELLICER.

2 Pedro Gonela fué un bufón del duque Borso, de Ferrara, que vivió en el siglo XV. PELLICER.

3 Dióse el nombre de *Bucéfalo*, que significa *cabeza de buey*, al caballo de Alejandro Magno, porque, según afirman algunos, su cabeza se parecía á la de un buey. Asegura Quinto Curcio con otros historiadores que sólo se dejaba montar por aquel príncipe á quien salvó varias veces la vida; pereció, en la batalla dada contra Póro.

razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva Orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar Rocinante, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo; y en este pensamiento, duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar Don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no se había contentado con sólo llamarse Amadís á secas, sino que añadió al nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse Don Quijote de la Mancha [1], con que, á su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada,

1 Opinan algunos con bastante fundamento, que Cervantes haciéndolo natural de la Mancha quiso desquitarse del mal hospedaje que le hicieron los manchegos encarcelándolo, cuando fué á cobrar los diezmos pertenecientes al gran prior de S. Juan.

puesto nombre á su rocín, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama. Decíase él: «Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi señora, y diga con voz humilde, rendido: Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante?» ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar, cerca del suyo [1], había una labradora de muy buen parecer. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, á su parecer, músico y peregrino [2] y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.

1 Argamasilla de Alba dista del Toboso más de siete leguas, conforme nota Hartzenbusch.

2 De singular hermosura.

CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo por su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos [1] que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (que era uno de los calurosos del mes de Julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué, que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que, conforme á la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase.

1 Voz ant. Injurias.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de [1] hacerse armar caballero del primero que topase, á imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera [2]? Apenas [3] había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora (que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas

1 En nuestros clásicos se halla con frecuencia la preposición *de* tras de verbos que hoy no requieren ninguna; v. gr. determinó *de* irse; resolvió *de* buscarlo; ahorraréis *del* trabajo; tenía *de* costumbre. Salvá.

2 El *sino*, el *no* y el segundo *que*, pleonasmos inusitados hoy, eran vulgarísimos antes del siglo último. *Gramát. de la Acad.*

3 Cervantes rediculiza en esta pomposa introducción las altisonantes y tan frecuentes descripciones que se hallan en los libros de caballerías.

plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel.» Y era la verdad que por él caminaba; y añadió diciendo: «Dichosa edad, y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista [1] de esta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío, en todos mis caminos y carreras.»

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y con esto, caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo.

Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes, por ver si descubriría algún castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió, no lejos del camino por don-

1 Cronista, por epéntesis.

de iba, una venta, que fué como si viera una estrella [1] que no á los portales, sino á los alcázares de su redención, le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía.

Estaban acaso á la puerta dos mujeres, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía ó imaginaba, le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava [2], con todos aquellos adherentes que de semejantes castillos se pintan.

Fuése llegando á la venta (que á él le parecía castillo), y á poco trecho de ella detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó más á la puerta de la venta, y vió á las dos mujeres que allí estaban, que á él le parecieron dos damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen; y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y así,

1 Alusión á la estrella que condujo los reyes Magos al portal de Belén.

2 Voz anticuada; hoy se dice foso, y alude al que rodea los castillos ó fuertes para impedir sean tomados por el enemigo.

con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la venta: pero Don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo: «Non fuyan [1] las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca [2] á la Orden de caballería que profeso, non [3] toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.»

Mirábanle las mujeres y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse, y alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro les dijo: «Bien parece la mesura en las mujeres, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes [4] mal talante; que el mío non es de al [5] que serviros.»

El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo: y pasara muy adelante, si á aquel punto no sa-

1 Muchas voces castellanas, que en latín tienen f, y que la conservaban en lo antiguo, han pasado á nosotros ya con esta misma letra ya con *h*, *y*, ó *j*: fiero, hierro, hierza, yerba, jadear, etc.

2 Ant. Porque.

3 Adv. ant. No.

4 Antiguamente las desinencias de las segundas personas de plural en todos los tiempos, menos en el pretérito perfecto de indicativo y en el imperativo, finalizaban en *des*. El Sr. D. Rufino J. Cuervo ha publicado un prolijo é interesante trabajo sobre este particular.

5 Adj. ant. Otra cosa.

liera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico; el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y cosalete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento; mas, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: «Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén [1] del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.» Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta), respondió: «Para mí, señor castellano [2], cualquiera cosa basta, porque *mis arreos son las armas, mi descanso el pelear*,» etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos [3] de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar [4], no menos ladrón que Caco, ni menos maleante [5] que estudiante ó paje; y así le respondió: «Según eso, *las camas* de vuestra merced *serán duras peñas, y su dor-*

1 Ant. Excepto, fuera de. En el día esta palabra significa lo contrario: además de.

2 Se daba el nombre de *castellano* no sólo al natural de Castilla sino también, como aquí se indica, al encargado de la custodia y defensa de alguna fortaleza ó *castillo* del que tomó el nombre. Los moros le dieron después el de *alcaide* derivado del árabe *caid*, que, según el P. Alcalá, equivale á capitanear ó regir. Bastús.

3 En el dialecto ó gerigonza usado por los gitanos, ladrones y rufianes para no ser entendidos sino por ellos mismos, llamado *germanía*, *sano de Castilla* es lo mismo que ladrón avispado y disimulado. S.

4 Uno de los parajes de España que en tiempo de Cervantes eran más concurridos de vagabundos y gente perdida.

5 Burlador maligno. Es también voz de la *germanía*.

mir, siempre velar [1], y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.» Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado [2]. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo.

Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aún la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él), las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos [3]; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote

1 Habíase valido Don Quijote de que aquellos versos: *Mis arreos son las armas*, etc., y el ventero le contestó por el mismo estilo.

2 La significación de esta palabra, al presente, es tomar el desayuno; pero los grandes autores la usaron con frecuencia en el sentido de quebrantar el ayuno.

3 Ant. Nudos.

Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme hasta que las hazañas hechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las [1] vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.»

Las mujeres, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondían palabra: sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

«Cualquiera yantaría [2] yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo, me haría mucho al caso.»

A dicha acertó á ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao [3], y en otras partes curadillo, y en otras truchuela.

Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que darle á comer.

«Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que en una pieza de á ocho; cuanto más que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca,

1 Hoy día suprimiremos este artículo.
2 Ant. Comería.
3 O bacalao.

y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y el peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.»

Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trájole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan muy negro y tan reciente como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada, y era alta la babera [1], no podía poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía de este menester; mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó acaso á la venta un veterinario de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las mujeres damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la Orden de caballería.

1 La babera era la parte inferior de la celada o yelmo, que cubriendo la barba, podía, si era alta, cubrir la boca.

CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.

Y así, fatigado de este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: «No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un dón que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.»

El ventero, que vió á su huésped á sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el dón que le pedía.

«No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió Don Quijote; y así os digo que el dón que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana, en aquel día, me habéis de armar caballero; y esta noche, en la capilla de este vuestro castillo, velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo á semejantes hazañas es inclinado.»

El ventero, que como está dicho, era un poco socarrón, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle semejantes razones; y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo, en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga [1], islas de Riarán [2], compás de Sevilla [3], azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo [4], y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en España; y que á lo último se había venido á reco-

1 Es uno de los barrios de aquella ciudad, situado hacia marina, tomando este nombre de las *perchas* ó palos donde se colgaban los pescados para sacarlos al aire y librar así á la ciudad del hedor de los pescados.

2 Se llamaban así unas casas que había en Málaga hacia las puertas del mar, donde había gran tráfico y muchos bodegones. Por estar separadas de lo restante de la ciudad se las llamó *islas* y de *Riarán* por haberlas dado los Reyes Católicos al capitán Garci López de Arriarán.

3 *Compás de Sevilla*, etc. Sitios parecidos á los percheles de Málaga y á las islas de Riarán.

4 Están fuera de la puerta de la ciudad, en donde se vende vino y otras cosas excitativas de la sed. Tanto en estos parajes como en todos los sobredichos, concurría la gente ociosa y apicarada; y estas son las escuelas donde adquirió nuestro ventero las virtudes de que se alaba. Pellicer.

ger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo [1]. Dijóle también, que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído.

A esto dijo el ventero que se engañaba; que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores de ellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trajeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien erradas las bolsas [2], por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían; porque no todas veces en los campos y desiertos, donde

1 En la descripción de este ventero quiso Cervantes ridiculizar á todos los de su clase y condiciones.

2 Fr. ant. Iban bien provistos de dinero.

se combatían y salían heridos, había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría trayendo por el aire, en alguna nube, algún enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota de ella, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían [1], á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podía mandar como á su ahijado, que tan presto lo había de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dió luego orden cómo velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba; y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche.

1 Este verbo, en la acepción de dejarse ver, que aquí se le da, no se usa hoy como reflexivo.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos.

Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.»

No se curó el arriero de estas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera en salud); antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y dijo: «Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca [1] en este primero trance vuestro favor y amparo.» Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho es-

1 Ant. Falte.

to, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado (porque aun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: «¡Oh, señora mía! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo [1].» Con esto cobró, á su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover [2] piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba [3] apartar de la pila por no desamparar las armas.

El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase á todos. También Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen

1 Esperando. Cervantes usa no pocas veces el verbo *atender* en la acepcion de *esperar*, que tiene en francés, remedando el lenguaje de los libros de caballería. Baralt.

2 Suele usarse este verbo como activo, según nota Bello. *Gramát. de la Lengua Cast.*

3 Hoy en día este verbo se usa sólo como neutro. Academia.

los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; «pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.»

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían: y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra Orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le había dicho, que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la Orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso de esto el castellano, trajo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino á donde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe [1], y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas, que ya habían visto, del novel caballero les tenían la risa á raya.

Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: «Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides.»

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.

Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sancho Bienaya [2], y

1 Llamábase la *pescozada*, y la daban los mismos reyes cuando armaban caballeros, como se la dió el Rey Católico á Juan de Avecia, según dice el P. Guardiola, con lo cual se advertía á los caballeros noveles que se despertasen, y no se durmiesen en las cosas de la caballería. (*Tratado de nobleza, pág. 95 y sig.*). PELLICER.

2. Según el Dr. Pisa en su *Historia de Toledo* hubo en aquella ciudad una plaza muy antigua de tiendas que se nombraba de Sancho Minaya ó Bienaya. Es sumamente verosímil que este

que donde quiera que ella estuviese, lo serviría y le tendría por señor.

Don Quijote le replicó que le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa [1].

Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó el mismo coloquio que con la de la espada.

Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual también rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir en buen hora.

apellido es el potronímico árabe *Benhaya* ó *Ben Yahia*, hijo de Yahía, que pudo conservarse entre los muzarábes; y con efecto, el doctor Salazar de Mendoza en su libro del *Origen de dignidades de Castilla*, hace mención de la familia de los Benhayas de Toledo. Pellicer discurre que acaso dio nombre á aquellas plazuelas Sancho Benhaya, que con otros toledanos sirvió de testigo en un privilegio despachado en Madrid por el Rey D. Alonso VIII el año de 1193 á favor de diferentes vecinos de Jumella. BRADFORD.

1 Reprende aquí Cervantes, como ya es ese el objeto que le mueve á dar el *Don* á D. Quijote, el notable abuso del título de Don. Este abuso dice el Sr. Pellicer, refiriéndose al P. Guardiola contemporáneo de Cervantes, principió á introducirse en España en tiempo de Enrique IV, continuando en el de los Reyes Católicos; y añade que los judíos eran los que más afectaban el *Don*. BASTÚS.

CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba [1] sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hacia su aldea; el cual así, conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo: «Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin

1 Locución elíptica. La hora del alba.

duda son de algún menesteroso ó menesterosa que há menester mi favor y ayuda.» Y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: «La lengua queda y los ojos listos.»

Y el muchacho respondía: «No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.»

Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.»

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: «Señor caballero, éste muchacho que estoy castigando, es un mi criado [1], que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada día me falta una; y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable,

1 Ahora diríamos es un criado mío, ya que la apócope de *uno* no tiene cabida sino precediendo al sustantivo.

por no pagarle la soldada que le debo; y digo que miente.

—¡Miente, delante de mí, ruín villano! dijo Don Quijote; ¡voto va! que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debía su amo.

Él dijo que nueve meses, á siete reales cada mes.

Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello.

Respondió el medroso villano, que por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aun no había jurado nada), que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

«Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagásteis, vos le habéis rompido [1] el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado: así que, por esta parte, no os debe nada.

El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¡Irme yo con él! dijo el muchacho. Mas ¡mal año!

1 Sería preferible el participio irregular roto. *V.* BELLO, *Gramat.*, y *Gramática de la Acad.*

No, señor, ni por pienso; porque en viéndome solo, me desollará como á un San Bartolomé.

—No hará tal, replicó Don Quijote; basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho; que este mi amo no es caballero, ni ha recibido Orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

—Importa poco eso, respondió Don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras [1].

—Así es verdad, dijo Andrés; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés, respondió el labrador; y hacedme placer [2] de veniros conmigo; que yo juro por todas las Órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.

—Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote; dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; sino, por el mismo juramento he de volver á buscaros y á castigaros, y os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quien os manda esto,

1 Refrán con que manifestamos que el aprecio que las personas merecen depende de su conducta ó modo de obrar. Con él suele contestarse á los que censuran el humilde origen de alguno.

2 Otros clásicos han usado esta misma expresión, pero hoy se oye poco, y se escribe menos. Baralt.

para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so la pena pronunciada.»

Y en diciendo esto, picó á Rocinante, y en breve espacio se apartó de ellos.

Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto el bosque y que ya no parecía, volvióse á su criado Andrés y díjole: «Venid acá, hijo mío; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

—Está bien, dijo Andrés; y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! que según es de valeroso y de buen juez, ¡vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

—Así sea, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.»

Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

«Llamad, señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfacedor de agravios; veréis cómo no desface aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíais.» Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia.

Andrés se partió [1] algo mohino, asegurando ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle

1 Este verbo no se usa ya como reflejo.

punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas [1]; pero, con todo esto, el se partió llorando, y su amo se quedó riendo.

Y de esta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo á media voz: «Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad y talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la Orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba á aquel delicado infante.»

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino á la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían á pensar cuál camino de aquellos tomarían; y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya; el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza [2]. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande

1 Las setenas eran la pena en que alguno era condenado en el siete tanto, o siete partes más del daño hecho. PELLICER.

2 Así se dice elegantemente en vez de *seguir el camino de su caballeriza*. La palabra *camino* tiene aquí fuerza de preposición como si se dijera: *hacia* su caballeriza.

tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran cuatro, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y dos mozos de mulas á pie.

Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar, en todo cuanto á él le parecía posible, los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella como la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.»

Paráronse los mercaderes al són de estas razones, y al ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía; y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo: «Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria! la importancia está en que sin verla lo habéis de crer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois

en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengáis uno á uno, como pide la Orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos [1] nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída (y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extramadura), que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho.»

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una

1 Encargar por cargar, gravar es enteramente desusado.

buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: «Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva: atended; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.»

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dabánle voces sus amos, que no le diese tanto y que le dejase: pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera: y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines, que tal le paraban.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado; el cual, después que se vió solo, tornó á probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho! Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía abrumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo, pues, que en efecto, no podía menearse, acordó acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros; y trájole su locura á la memoria aquel de Baldovinos [1] y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se hallaba; y así con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido Caballero del Bosque:

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal!

Y de esta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

1 *Baldovinos* es lo mismo que Balduino, nombre común en la Edad Media con la terminacion en *os*.

Y quiso la suerte que, cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo (que venía de llevar una carga de trigo al molino), el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quién era, y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba.

Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y así, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, todo de la misma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que lo tenía lleno de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: «Señor Quijano (que así se debía de llamar cuando él tenía juicio, y no había pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced de esta suerte?» Pero él seguía con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto [1] y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decía; y no menos iba Don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los

1 Armadura para defender el pecho.

ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentía. Y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados ó sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó preso á su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose de ella tan de propósito, que el labrador se iba amohinando de oir tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco; y dábase priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga.

Al cabo de la cual dijo: «Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta Jarifa, que he dicho, es ahora la señora Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballería que se han visto, vean ni verán en el mundo.»

A esto respondió el labrador: «Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano.

—Yo sé quién soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares [1] de Francia, y aun todos los nueve de la Fama,

1 Fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quienes llamaron *Pares* por ser todos iguales en valor, en calidad y energía.

pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías.»

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecía; pero el labrabor aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.

Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el Cura y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote; y estaba diciéndoles su ama á voces: «¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez (que así se llamaba el Cura), de la desgracia de mi señor! Dos días há que no parecen él ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.»

La Sobrina decía lo mismo, y aun decía más: «Sepa, señor Maese Nicolás (que este era el nombre del Barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de las cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las heridas que había

recibido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife [1], un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos los descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también, dijo el Cura, y á fe que no se pase el día de mañana sin que de ellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión, á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.»

Todo esto estaba oyendo el labrador, con que acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así, comenzó á decir á voces: «Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor marqués de Mantua, que viene mal herido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo al valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.»

A estas voces salieron todos; y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se había apeado del jumento porque no podía, corrieron á abrazarle. Él dijo: «Ténganse todos; que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure y cate mis feridas.

—¡Mira, en hora mala, dijo á este punto el Ama, si

1 Debe decir Alquife, que es el verdadero nombre del sabio historiador que escribio la crónica de Amadís de Grecia.

me decía á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esta Urganda le sabremos aquí curar.»

Lleváronle luego á la cama, y catándole las heridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes [1], los más desaforados y atrevidos que se pudieran hallar en gran parte de la tierra.

«¡Ta, ta! dijo el Cura: ¿jayanes hay en la danza! Pues yo los queme mañana antes que llegue la noche.»

Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba.

Hízose así, y el Cura se informó muy á la larga, del labrador, del modo que había hallado á Don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolás, con el cual se vino á casa de Don Quijote.

1 En los libros de caballerías suele darse a los gigantes el nombre de *jayanes*.

CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormía [1]. Pidió las llaves á la sobrina del aposento [2] donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.»

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues po-

1 Para conocer el sentido de esta proposicion es necesario leer el final del capítulo anterior. Tal licencia sería hoy intolerable á no ser que se leyera sin títulos ni epígrafes, como hacían los antiguos y que fueron inventados para descanso y comodidad del lector.

2 Estas palabras serían un hipérbaton reprensible si no pareciese yerro casual, o de pluma o de imprenta. Sin duda Cervantes quiso decir: Pidio a la sobrina las llaves del aposento. GRAMÁTICA DE LA ACAD.

día ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

«No, dijo la Sobrina; no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero de ellos y pegarlos fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.»

Lo mismo dijo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolás le dió en las manos fué los cuatro de *Amadís de Gaula*, y dijo el Cura: «Parece cosa de misterio esta: porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen de éste; y así, me parece que, como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excúsa alguna condenar al fuego.

—No, señor, dijo el Barbero; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como á único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad, dijo el Cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.

—Es, dijo el Barbero, *Las Sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora Ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.»

Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno

de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—«Adelante, dijo el Cura.

—Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los de este lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura.

—De ese parecer soy yo, dijo el Barbero.

—Y aun yo, añadió la Sobrina.

—Pues si así es, dijo el Ama, vengan, y al corral con ellos.»

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

«¿Quién es ese tonel? dijo el Cura.

—Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro, dijo el Cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de Flores;* y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el Barbero.

—¡Ahí está el señor Florismarte! replicó el Cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras; que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora Ama.

—Que me place, señor mío,» respondía ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—«Este es *El caballero Platír*, dijo el Barbero.

—Antiguo libro es ese, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica;» y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz.*

«Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la cruz está el diablo; vaya al fuego.»

Tomando el Barbero otro libro, dijo: «Este es *Espejo de Caballerías.*

—Ya conozco á su merced, dijo el Cura; ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán, con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín [1]; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto [2]; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero; mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiérades [3], respondió el Cura; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiere traído á España y hecho castellano [4];

1 Es célebre por la crónica que se le atribuye, y que intitulada: *De vita Caroli magni et Rolandi*, tiene por tema las hazañas del Emperador y de su sobrino. Ningún hombre ilustrado tiene por genuína esta cronica que Cervantes irónicamente llama verdadera, y son varias las opiniones sobre el tiempo en que fué escrita y sobre su verdadero autor.

2 Este célebre poeta italiano nació en Regio en 1474 de una distinguida familia: escribio el célebre poema Orlando furioso.

3 Entendierais.

4 Este capitán traductor es D. Jerónimo Giménez de Urrea, natural de Epila en Aragon, no menos famoso por la espada, que

que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer de ellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio* [1], que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles* [2]; que éstos, en llegando á mis manos, han de estar en las del Ama, y de ellas en las del fuego, sin remisión alguna.»

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra;* lo cual visto por el Licenciado, dijo:

«Esa *Oliva* se haga luego rajas y se queme, que aun

por la pluma. Fué también gobernador de la Pulla en el reino de Nápoles.

1 Poema escrito en octavas por Agustín Alonso, vecino de Salamanca, intitulado, *Historias de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio.* Fué Bernardo uno de los héroes más celebrados en nuestras crónicas y romances.

2 Roncesvalles es una llanura espaciosa y agradable de Navarra, rodeada de altas montañas, célebre por la batalla en que Carlo Magno fué derrotado en el año 778, y en la que murieron Roldán y los doce Pares de Francia. Mucho se ha hablado en los libros de caballerías y en nuestros romances de esta derrota, de la que dice Carlos Enginhardo, sin embargo de ser historiador francés, ni siquiera quedó uno vivo. Bastús.

no queden de ellas las cenizas; y esa *Palma* de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan [1] y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre, replicó el Barbero; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís.*

—Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino [2]; y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejéis leer á ninguno.

—Que me place, respondió el Barbero.»

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al Ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral.

1 Ant. Atender.

2 Llámase *termino ultramarino* el que se concede para la prueba que debe hacerse en Ultramar.

No se dijo ni á tonta ni á sorda, sino á quien tenía más gana de quemarlos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana.

Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies del Barbero, y le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.*

«¡Válame Dios! dijo el Cura, dando una gran voz: ¿qué aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleison de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano.

Dígoos en verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo ciertas necedades sino de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida. Llevadle á casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho.

—Así será, respondió el Barbero; pero ¿qué haremos de estos pequeños libros que quedan?

—Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía;» y abriendo uno, vió que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): «Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.»

¡Ay, señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

Verdad dice esta doncella, dijo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue, dijo el Barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino;* y este otro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa; que se va haciendo tarde.

Este libro es, dijo el Barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna*, compuestos por Antonio de Lofrasso, poeta sardo.

Por las órdenes que recibí, dijo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos de este género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que

no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

«Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo:» Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño*.

Pues no hay más que hacer, dijo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el por qué; que sería nunca acabar.

Este que viene es *El Pastor de Filida*.

No es ese pastor, dijo el Cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula, dijo el Barbero, *Tesoro de varias poesías*.

—Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heróicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es, siguió el Barbero, *El Cancionero*, de López Maldonado.

—También el autor de ese libro, replicó el Cura, es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto á él? *La Galatea, de* Miguel de Cervantes, dijo el Barbero.

Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la se-

gunda parte, que promete [1]: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entretanto que esto se vé, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Que me place, respondió el Barbero; y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana* [2], de Alonso de Ercilla; *La Austriada* [3], de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *el Monserrate* [4], de Cristóbal de Virués. poeta valenciano.

—Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense con las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el Cura de ver más libros, y así, á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las Lágrimas de Angélica* [5].

«Lloráralas yo, dijo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.»

1 Es la primera produccion del inmortal Cervantes y a pesar de las muchas ediciones que de esta novelita se han hecho, la muerte no le dejo publicar la segunda parte que aqui y en el prólogo de Pérsiles promete.

2 Poema en que Alonso de Ercilla canto las proezas de los españoles y de los araucanos en la conquista de la provincia de Arauco. de la que tomo el nombre.

3 Cronica en verso de D. Juan de Austria con las relaciones del levantamiento de los moriscos.

4 Poema en que el capitán Cristobal de Virués describe la culpa y penitencia de Garín y la fundacion del monasterio de Monserrat en el siglo IX.

5 Poema en doce cantos, de Luis Barahona de Soto, de Lucena.

CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: «¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo [1]!» Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban; y así, se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos *La Carolea* [2] y *León de España*, con los hechos del emperador, compuestos por don Luís Zapata, que sin duda debían de estar entre los que quedaban; y quizá, si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido.

Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dijo: «Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos

1 Fiesta pública entre caballeros armados unidos en cuadrillas que, entrando en un circo dispuesto á este fin escaramucean dando vueltas al rededor, á imitacion de una reñida batalla.

2 Obra de Sampere que trata de las victorias del emperador Carlos V.

doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la victoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez [1] de los tres días antecedentes.

Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el Cura; que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora; que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal herido.

Herido no, dijo Don Quijote, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldo de Montalbán, si en levantándome de este lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos; y por ahora traigánme de yantar [2], que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.»

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el Ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder, que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiña-

1 Deriva de *precio* y significa el premio de alguna calidad o accion loable adquirido en competencia con otros.

2 Antig. comer, y en este significado lo usa aquí Cervantes, aunque como derivado de *ientare*, almorzar, significa con más propiedad desayunarse. Algunas veces se usa también esta palabra como nombre y entonces significa cierto tributo que se pedía y cobraba de los pueblos cuando el rey entraba en ellos, para la comida que se le disponía.

dor, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase, no los hallase (quizá quitando la causa cesaría el efecto), y que dijesen que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza.

De allí á dos días se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba á donde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos pasmado, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza [1] preguntó á su Ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros.

El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: ¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió; y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza

1 Pieza puede tener tanto el significado de espacio de lugar como de tiempo. Cervantes lo usa en esta segunda acepcion tanto en este pasaje como pocas líneas más abajo donde dice que del mago que se suponía haberse llevado los libros de D. Quijote: *á cabo de poca pieza salió volando por el tejado.* En esta significacion lo usó el antiguo romance del Marqués de Mantua:

Al cabo de una gran pieza
en pie se fue á levantar.

salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acudimos á mirar lo que dejaba hecho no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien á mí y al Ama que, al tiempo de partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería: dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

Frestón, diría, dijo Don Quijote.

No sé, respondió el Ama, si se llamaba Frestón ó Fritón: sólo sé que acabó en *ton* su nombre.

Así es, dijo Don Quijote; que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar; y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

¿Quién duda eso? dijo la Sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo [1], sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados [2]?

¡Oh sobrina mía, respondió Don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! primero que á mí me trasquilen,

1 Frase porverbial con que queremos significar que uno va en busca de cosas fuera de razón o inoportunas, o que se mete en negocios que no le atañen y que sólo puede acarrearle daños y perjuicios.

2 Refrán con que nos burlamos del que sufre perjuicios ó pérdida donde creyó hallar el beneficio o provecho.

tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.»

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar [1] sus primeros devaneos, en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse [2] con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera [3]. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos, y asentó por escudero de su vecino.

Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimis-

1 Es menos usado que *asegundar*, y significa repetir un acto inmediatamente o poco después de haberlo llevado á cabo por vez primera.

2 Avenirse, sujetar o seducirle á razón.

3 De poco juicio.

mo de una lanza, que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho, de el día y la hora en que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno, que tenía, muy bueno, porque él no estaba ducho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero, caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su Ama y Sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían, aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que él había tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel [1], por el cual caminaba con menos pesâdumbre que la vez pasada, porque por

1. Pueblo en la provincia de Ciudad Real al lado N. de la sierra Morena. Es célebre por la derrota que en él sufrio D. Pedro el Cruel debida a la traicion de Du Guesclin.

ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar por grande que sea.»

A lo cual respondió Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella; porque ellos, algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos; y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, ó por lo menos de marqués de algún valle ó provincia de poco más ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas á milagro; que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

De esa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Teresa, mi oíslo[1], vendría á ser reina y mis hijos infantes.

Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.

Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra,

1 Palabra sustantivada, compuesta del verbo *oir* y del artículo *lo*, la cual supone por el marido ó la mujer ausente.

ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote; que él le dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado[1].

No haré, señor mío, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.»

1 Antiguamente se daba este título en España á los Gobernadores de provincia. En union de algunos letrados formaban una especie de tribunal y juzgaban de las causas civiles y criminales. Los primeros comandantes generales enviados á América para continuar la conquista fueron en calidad de adelantados.

CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: «La ventura va guiando nuestra cosa mejor de lo que acertáramos á desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó poco más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.»

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: «No fuyades [1], cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.»

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.»

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela con la lanza en el ristre [2], arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

«¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra

1 Terminacion anticuada del presente indicativo del verbo huir en vez de huyáis.

2 El *ristre* era un hierro, que en la armadura antigua estaba asegurado en la parte derecha del peto, casi debajo del sobaco, donde se fijaba el cabo de la manija de la lanza para asegurarla. *Enristrar la lanza* con la lanza en el ristre, etc., son expresiones equivalentes a prepararse.

merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? Y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote; que las cosas de la guerra, más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso y es así verdad, que aquel sabio Fristón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede,» respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí, decía Don Quijote, que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: «Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó brancón y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca [1]. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro brancón tal y tan bueno como aquel; y me imagino y pienso hacer

1 Este hecho no es fabuloso, pues sucedió en la batalla de Jerez, durante el reinado de S. Fernando III. Según se dice en la *Crónica general* Diego Pérez de Vargas era toledano. Sobre este suceso se han compuesto algunos romances.

con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios [1], dijo Sancho: yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero endérécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad, respondió Don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.»

No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuando quisiese, sin gana ó con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario de la Orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudie-

1 Frase proverbial de quien después de haberlo meditado se resuelve á hacer alguna cosa entregándose á la direccion de la divina Providencia en lo que va á ejecutar.

ra envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó Don Quijote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados.

No la pasó así Sancho Panza; que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, dió en sustentarse de sabrosas memorias.

Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra [1] de las tres del día le descubrieron. «Aquí dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano

1 Locución adverbial equivalente á *cosa de* y sirve para determinar una cantidad sobre mas ó menos, cuando no se puede señalar a punto fijo.

á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja; que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería, que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto; y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré muchas cuentas con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiere agraviarle.

—No digo yo menos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya [1] tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la Orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos [2] de camino y sus quitasoles. Detrás de ellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó Don Quijote,

1 Dentro de los justos límites.

2 Debieron ser casetas con cristales para precaverse del polvo.

cuando dijo á su escudero: «O yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben ser, y son sin duda, algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe ser de una gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho. Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaques [1] de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.»

Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que á él le pareció que podían oir lo que dijese, en alta voz dijo: «Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en este coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: «Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo Don Quijote; y, sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y, la lanza

1 Asunto, materia.

baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula [1], y comenzó á correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos. que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: «La vuestra merced, señora mía, puede facer de su persona lo que más le vi-

1 Llama *castillo* á la mula por el gran tamaño de las que montaban y que según dijo arriba eran como dromedarios.

niere en talante [1], porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora, y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.»

Todo esto que Don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína, de esta manera: «Anda, caballero, que mal andes, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.»

Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: «Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.»

A lo cual replicó el vizcaíno: «¡Yo no caballero! Tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas [2]. Vizcaíno

1 Voz anticuada y muy usada en los libros de caballerías, significa: voluntad, gusto, modo, manera, etc.

2 Dícese este refrán del que vence á otro porfiando ó riñendo. Está tomado del juego en que atados dos á una soga, cada uno de su cabo, forcejean, cerca de algún pantano para mayor diversión y el que echa al otro en él, vence. De otro modo jugaban también este juego los griegos y romanos, de quienes vino á España según dice Rodrigo Caro. PELLICER.

por tierra, hidalgo por mar, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes [1], dijo Agrages, respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su adarga, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida.

El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula (que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella), no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro, por encima de la adarga que, á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.

Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh señora Dulcinea, socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su adarga, y el arremeter al vizcaí-

1 Expresión que con frecuencia decía Agrages, príncipe de Escocia, hijo del rey Languines, y muy amigo de Amadís de Gaula. Don Quijote la usa para imitarle.

no, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio; y el vizcaíno le aguardaba, asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto en que en este punto y término dejó pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito de estas hazañas de Don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que de este famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte de esta historia al valeroso vizcaíno y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes [1], tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo, y abrirían como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que de ella faltaba.

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco, se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno de ellos tenía uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino

1 Lo mismo que decir dos tremendos golpes, ó dos fuertes cuchilladas dadas de arriba abajo. Este lenguaje es muy común en los libros de caballerías, así leemos en ellos: fenderle de arriba abajo por abrirle de arriba á abajo; fendióle hasta la oreja, por abrióle hasta la oreja. BASTÚS.

que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platír y á otros semejantes. Y así no podía inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenía oculta ó consumida.

Por otra parte, me parecía que pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas. Digo pues que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Don Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me debe negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia; aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que, buena cantidad de horas, podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un día en el Alcaná[1] de Toledo, llegó un

1 Calle o sitio donde estaban los mercaderes de seda.

muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado [1] que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reía, y respondióme que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa, dijo: Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: *Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.*

Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de Don Quijote. Con esta imaginación le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso al arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de Don*

1 Esto es algún morisco que se explicase en castellano y pudiese servir de intérprete. *Aljamía* era el castellano que hablaban los moros, así como *algarabía* era el arábigo que hablaban los cristianos, de *aljamía y algarabía* nacieron *aljamiado algarabiado.* En el uso actual la palabra *aljamía* se aplica especialmente, dice la Academia, á los escritos de los moriscos en nuestra lengua con los caracteres arábigos. *Algarabía* sólo subsiste para denotar el habla atropellada y confusa.

Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo [1].

Mucha discreción fué menester para disimular el contento que recibí cuando llegó á mis oídos el título del libro, y salteándoselе al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discreción, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le traje á mi casa donde en poco más de un mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro

1 Este es el primer capítulo en que se hace mención de Cide Hamete Benengeli; probablemente entonces fué cuando le ocurrió por primera vez á Cervantes dar origen arábigo á su obra. Lo que en esto merece particular atención es el arte, con que Cervantes supo arabizar su nombre, ocultándole en el de Cide Hamete Benengeli, no tanto en el *Cide*, que es tratamiento de honor, como si dijeramos *señor* ni en el de Hamete nombre común entre los moros, sino en el de Benengeli que quiere decir *hijo del ciervo, cerval, cervanteño* con que *Cervantes* se designó á sí mismo que habiendo estado cautivo cinco años en Argel no pudo menos de alcanzar algún conocimiento del idioma común del país.

de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenía á los pies escrito el vizcaíno un título que decía: *Don Sancho de Azpeitia*, que sin duda debía de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decía: *Don Quijote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rétulo [1], que decía: *Sancho Zancas*, y debía de ser que tenía, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia [2]. Otras algunas menudencias había que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si á esta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pu-

1 En vez de *rótulo*, antiguamente se dijo rétulo como se puede ver en varios pasajes del Quijote, y lo dice aún hoy día la gente rústica.

2 A pesar de lo que Cervantes dice en este pasaje no se halla en ninguna otra parte que á Sancho se le dé el sobrenombre de *Zancas*.

diera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya imagen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor [1], antes que por falta del sujeto.

En fin, su segunda parte [2], siguiendo la traducción, comenzaba de esta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleván-

1 Del perro moro, como se dice vulgarmente. Sabido es que, del inveterado odio que los españoles cobraron á los moros, vino el llamarles a éstos perros ó galgos.

2 Aquí comenzaba primitivamente la segunda parte, de las cuatro en que Cervantes había dividido el primer tomo de su obra.

dole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos [1], con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaría la cabeza.

Estaba el vizcaíno tan turbado que no podía responder palabra, y él lo pasara muy mal, según estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta en-

1 En la edad media se usaban unas espadas muy pesadas y largas, que manejaban los caballeros con las dos manos, y con ellas daban aquellos mandobles, crudos golpes y terribles fendientes, con que, según leemos en los libros de caballerías, cortaban una cabeza á cercen, y abrían á un hombre de arriba á bajo. Bastús

tonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento le hiciese tan grande merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: « Por cierto señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que más fuere de su voluntad.»

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

« Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.»

CAPÍTULO X

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle victoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador como se lo había prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante de él, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerza de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió Don Quijote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante. Agradeciósela mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga [1], le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió

[1] Esta era una armadura antigua á manera de coraza ó cota de malla, que cubría el pecho y las espaldas. Hiciéronse prime-

sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba.

Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer [1] á alguna iglesia, que según quedó mal trecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad [2] y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo [3]. Calla, dijo Don Quijote: ¿y dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos [4], respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el

ro de telas acolchadas, y también de cuero o de correas entretejidas, de donde tomaron, según parece, su nombre. Después se fabricaron de pequeños anillos de hierro enlazados á manera de malla; y también las hicieron o revistieron de pequeñas planchas de metal en forma de escamas. Besar la falda de la *loriga* solía ser demostracion de respeto mezclado de cariño.

1 Refugiarse.

2 Tribunal muy antiguo en España, que gozaba de muchos y grandes privilegios. Tenia jurisdiccion de juzgar y castigar los delitos cometidos fuera de poblado, y subsistía, aunque con notables variaciones, en tiempo de Cervantes.

3 Expresión vulgar con que se indica lo mucho que ha de costar lograr lo que se intenta.

4 Voz anticuada que significaba homicidios y que después perdiendo este significado tomo el de odio, o mala voluntad.

campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos [1], cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir: mas lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que se le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

Todo eso, fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás [2], que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así cuando yo

1 Alusion al cautiverio del pueblo hebreo en Babilonia.

2 Valiente gigante, rey de Alejandría. Su nombre de *Fier á bras*, esto es, de los fuertes brazos, indica el origen francés de su historia: fué grande enemigo de Oliveros, de quien recibia mortales heridas, pero sanaba de ellas bebiendo un poco del bálsamo que traía en dos pequeños barriles: mas habiendo logrado Oliveros sumergir en un caudaloso río los barriles, vencio á Fierabrás.

le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo, que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajarla igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacerle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres [1], respondió Don Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacerle y á enseñármele? Calla amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento, mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldo-

1 Medida de capacidad para líquidos y equivale á 2 litros y 16 mililitros.

vinos, que fué de no comer pan á manteles y otras cosas, que aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado [1] me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar de él nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algún caballero. Y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas [2] hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino [3], que tan caro le costó á Sacripante. Que eche en el abismo vuestra merced tales juramentos, señor mío, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no, dígame ahora, si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Háse de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido,

1 Adjetivo anticuado, que significa lo que se hace contra la ley ó la razon, y usado como sustantivo vale lo mismo que agravio, denuesto, acción descomedida, etc.

2 Con ligereza, sin fundamento. En el mismo sentido se dice *á lumbre de pajas*. Lo uno y lo otro indica con propiedad la poca solidez y consistencia de una cosa.

3 Empieza a preparar aquí la aventura de la bacía del barbero.

y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida. Engáñaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca [1] á la conquista de Angélica. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, ó el de Sobradisa [2], que te vendrán como anillo al dedo, y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque me va doliendo mucho la oreja.

Aquí traigo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.

1 Fortísimo castillo del Asia, á donde fué, según Ludovico Ariosto, el Rey Marsilio con 32 reyes tributarios suyos y un ejército de *dos millones* de soldados.

2 En su acalorada fantasía los autores de libros caballerescos no sólo inventaban los nombres de sus héroes, sino también el de reinos y regiones que nunca han existido. Tal es aquí el reino de Sobradisa.

—¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leído tantas historias como yo; que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes, que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores [1]. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, háse de entender también que, andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé, ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca, y de aquí adelante, yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero; y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles [2] y de más sustancia.

1 Esto es, en cosas fútiles, de poca sustancia y provecho, por oposición á *frutos*.

2 Aunque el anotador inglés Browle, dice Bastús, encuentre *contradictio in terminis*, cómo él se explica, entre cosas volátiles y de sustancia, proviene esto de no distinguir, como manifiesta Pellicer, los dos sentidos del adjetivo volátil; pues las perdices, las gallinas, los palomos, son volátiles y al mismo tiempo de mucha sustancia.

—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser de ellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compaña [1]. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasar la noche allí; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

1 Aunque dice la Real Academia en su Diccionario que se usa aún hoy día en algunas partes como palabra corriente, la considera como anticuada en vez de compañía.

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles cinco de ellos, de seis que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

—Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio de ella se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la

caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.

—¡Gran merced! dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mi solas, como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

—Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas abellanadas, y juntamente pusieron un medio queso más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de los que estaban de manifiesto. Después que Don Quijote

hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones.

—«¡Dichosa [1] edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío!*

Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre [2], que ella sin ser for-

1 En esta bellísima descripción de la edad dorada, parece que Cervantes tuvo presente lo que de ella dijeron Virgilio en el libro primero de las *Geórgicas* y Ovidio en el primero de las *Metamórfosis*.

2 La tierra.

zada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestido de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los concetos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje [1] aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Mas andando los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, para amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos [2]. De esta Orden soy yo, hermanos

1 Dictámen o juicio que voluntariamente y por su mero discurso forma el juez, sin tener atención á lo que las leyes disponen para sentenciar una causa. Dicc.

2 A todo caballero andante se le hacía jurar, al conferirle la or-

cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero, que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogisteis y regalasteis, es razón que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra [1].»

Todo esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trajeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin responderle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino le tenían colgado de un alcornoque. Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena; al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido que sobre todo sabe leer y escribir, y

den de caballería, que después del amor á Dios, todos sus esfuerzos serían en defensa de los menesterosos, para amparar á las viudas y socorrer á los huérfanos y desvalidos, por lo que se llamaban *desfacedores de tuertos y agravios.*

1 Este es uno de los pasajes más celebrados del Quijote. No puede darse pintura más bella y donosa ni razonamiento robusto y gallardo. La soltura, la fluidez, la armonía y la pureza del lenguaje campean con suma gentileza por todo el discurso. M. de la Revilla.

es músico de un rabel [1], que no hay más que desear. Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el són del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego que te sientes y cantes el romance que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar.

Cuando dió el cabrero fin á su canto, aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo:

—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día, no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo Sancho, le respondió Don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

1 Instrumento músico que usaban los pastores; constaba de tres cuadas y se tañía con un arquillo. El violín es una especie de *rabel* perfeccionado.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

—No lo niego, replicó Don Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso sería bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes, él y su escudero se entraron por un bosque y vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando el jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso [1], que nada le hiciera tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que muy pocas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses [2], de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy á propósito de los yangüeses.

1 Como derivado de la palabra latina *rixa*, debe significar *pendenciero*.

2 Naturales de Yanguaz en la provincia de Segovia.

Sucedió, pues, que Rocinante, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué con ellas: mas ellas recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla; pero lo que él debió más de sentir fué que los arrieros acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron en el suelo mal parado.

Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza habían visto, llegaban hijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho:

—A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea; dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

—¿Qué venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio!

Yo valgo por ciento, replicó Don Quijote, y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los pies

de Rocinante, que aun no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.

Viendo pues los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

—Señor Don Quijote, ¡ah señor Don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano, respondió Don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas.

—Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió Don Quijote; mas á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo que tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

—¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos días; mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés adver-

tido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofenderlos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta dónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo:

—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: así que séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptuar estado ni condición alguna. Lo cual oído por su amo, le respondió:

—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida,

¿qué sería de ti, si ganándola yo te hiciese señor de ella, pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío? Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.

—En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener este entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas [1] que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado andante, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre vuestras espaldas?

—Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, de-

1 Emplasto para confortar, compuesto de estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes. Academia.

ben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas [1], claro está que sentirán más el dolor de esta desgracia: y sino fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo. A esto replicó el escudero:

—Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

—Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propincua [2] de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado

1 Telas muy finas usadas para ropa blanca de personas ricas y acomodadas.

2 Palabra latina que significa, allegado, cercano, próximo. Lope de Vega quiso ridiculizarla como propia de la culta latiniparla.

á una columna de un patio; y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de la tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una de estas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que éstos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabedor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos de esta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno de ellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

—No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona [1], cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la

1 A su espada. Como la espada, que el Cid Campeador ganó al rey moro Búcar, se llamó *Tizona*, de aquí quedó llamar en general tizona á toda espada. Tuvo además el Cid otra espada que llamó Colada.

fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna al pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

—¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponernos en buen término siquiera.

—Déjate de eso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia.

—No hay que maravillarse de eso, respondió Sancho, siendo él también caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí de aquí á algún castillo, donde sea curado de mis feridas. Y más que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno [1],

1 La fabula dice que Sileno era un satiro, que después de haber educado a Baco, llamado con propiedad el dios de la risa,

ayo y pedagógo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas [1] iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

—Verdad será que él debía de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay gran diferencia de ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió Don Quijote:

—Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, no me repliques más, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado.

—Pues yo he oído decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden más, y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años, y uno de éstos fué Amadís, cuando llamándose

le acompañó por todas partes en sus conquistas montado en un asno. Como tenía por costumbre embriagarse todos los días hacia reír con sus ocurrencias á cuantos le miraban. Bastús.

1 Ésta era Tebas del alto Egipto, llamado de ella Tebaida, y no la de Beocia, patria según algunos, de Baco. La Tebas de las cien puertas ó *Hecatómpilos*, como la nombran por esta razón, no se llamó así porque precisamente tuviese cien puertas, sino porque dentro de sus muros se distinguían cien palacios magníficos, á los cuales se les solía llamar puertas por antonomasia, por ser este el lugar de la casa en el que los príncipes y grandes señores solían administrar justicia y ejercían otros actos de autoridad. De aquí quedó el nombre de Puerta ó Sublime Puerta que damos todavía á la corte del emperador de los turcos. Id.

Beltenebros se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana: pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó Sancho quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno; levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguación con toda su recua.

CAPÍTULO XIII

De como fué curado el ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero. que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo abrumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una que naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus prójimos: y así acudió luego á curar á Don Quijote, y hizo que una hija suya doncella la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote [1], de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Ésta ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ven-

1 Descogotada.

taja á la de Don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón, que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta cama se acostó Don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo; y como al bizmarle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

— No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal; y también le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen á mí un poco los lomos.

— ¿De esa manera, respondió la ventera, también debisteis vos de caer?

— No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

— Bien podría ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.

— ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana.

— Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

— ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.

— ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo, y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

— ¿Pues cómo vos, siéndolo de este tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis á lo que parece siquiera algún condado?

— Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es, que si mi señor Don Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecho de ella, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, dijo á la ventera:

— Creedme, señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: sólo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me

durare. Confusas estaban la ventera y su hija oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Durmió aquella noche Don Quijote en un duro, estrecho, apocado y fementido lecho que le acomodaron en mitad de un estrellado establo [1], y junto á él Sancho, en otro que sólo contenía una estera de enea [2] y una manta que antes mostraba ser de anjeo [3] tundido que de lana.

1 Se indica con estas palabras que el camaranchon que, en otros tiempos había servido de pajar, tenía el aire de *establo*, y estaba destechado y descubierto de modo que se podian ver las estrellas.

2 Las esteras de invierno son generalmente de esparto: pero también suelen hacerse de enea, que es una especie de espadaña de que se fabrican los asientos de las sillas comunes. BRADFORD.

3 Lienzo basto hecho de estopa y tundido.

CAPÍTULO XIV

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

No bien hubo amanecido el día, cuando dijo á Sancho Don Quijote:

—Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á oscuras [1] donde estaba el ventero, el cual le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor. En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación.

Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido,

[1] Modo adv. ant. A oscuras.

casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que le quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora. Viéndole así Don Quijote, le dijo:

— Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

— Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubria, fueron más de provecho; sudaba y trasudaba con tales parasismos y

accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener; pero Don Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así forzado de este deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien también ayudó á vestir y subir en el asno: púsose luego á caballo y llegándose á un rincón de la venta, asió de un trancón, que allí estaba, para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos estaban en la venta, que pasaban de más de veinte personas.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en vuestro castillo he recibido y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa de este jaez que encomendarme, no hay sino decirla, que yo os prometo por la Orden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que

vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

— ¿ Luego venta es esta? replicó Don Quijote.

— Y muy honrada, respondió el ventero.

— Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la Orden de caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.

— Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero, págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

— Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió Don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante y terciando su trancón ó lanzón, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguía su escudero, se alongó [1] un buen trecho. El ventero, que le vió

1 Lo mismo que se alejó. Es voz anticuada y derivada del adverbio latino *longe*, lejos.

ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna de los mesones y ventas. Amohinóse mucho de esto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado [1] aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes [2] de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante [3] y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y

1 Palabra sincopada de *coronado*, moneda antigua que mandaron batir los reyes de Castilla y que fué ordinariamente la sexta parte del maravedí de entonces. Del valor ínfimo de aquella moneda quedó la expresión: no vale ni un cornado, como si dijéramos, ni un ardite, para indicar que una cosa es de un precio muy bajo é insignificante.

2 Anagrama de *pelaires* que eran ciertos operarios de las fábricas de paños, llamados así porque trabajaban en ellos colgados al aire.

3 Voz de la Germanía que significa burlador, chasqueador maligno.

echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenía por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas [1]. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á describirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos: mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trajéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gabán [2], y la compasiva asturiana, viéndole

1 Este entretenimiento ó burla se usaba ya antiguamente y de él hacen también mencion los escritores antiguos.

2 Capote cerrado con mangas y capilla del cual usa la gente que anda en el campo y los caminantes; y algunos en la ciudad se sirven de ellos por ropa de por casa.

tan fatigado, le pareció bien socorrerle con un jarro de agua, y así, se la trajo del pozo, por ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo:

—Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves, aquí tengo el bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que de él bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores:

—¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de antes? Guárdese su licor y déjeme á mí. Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno: mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á la asturiana que se lo trajese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice de ella, que tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió de ella muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía, mas Sancho no las echó menos según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XV

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que si pudiera subir ó apearme, yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También me vengara yo [1] si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced

1 Dijo Sancho.

dice, sino hombres de carne y hueso como nosotros, y todos según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál [1] estuvo que en encantamento: y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho, y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca [2] y de zoca en colodra [3], como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería. Calla, y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: y si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna.

1 En otra cosa, como ya se ha hecho notar en otra ocasión.

2 *Ceca* es palabra arábiga que significa casa de moneda. Los cristianos de España, no se sabe porque, dieron este nombre á la mezquita de Córdoba, que era uno de los lugares de más devoción para los mahometanos, los cuales la frecuentaban en sus romerías y peregrinaciones. Como hacían lo mismo con la *Meca*, patria de Mahoma, de la casual consonancia entre *Ceca* y *Meca*, y de lo distante que están entre sí Meca y Cordoba, hubo de resultar en el uso común la expresión proverbial de *andar de Ceca en Meca*, para denotar la vagancia de los que andan de una parte á otra sin objeto preciso y determinado.—Bradford.

3 Salir de un peligro para entrar en otro mayor.

—Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trajere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamentos, y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el *Caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque fuera que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos [1].

—No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo.

1 Expresion de los que hacen poco caso de los males ajenos; equivale á que se las avengan, que lo pasen como puedan.

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho, y le dijo:

—Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer, y á decirle:

—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que

éste que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana [1]; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas [2], Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.

—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y quiere desposarse con la hija de Pentapolín, que es una muy agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.

—Para mis barbas [3], dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Qui-

1 Debía decir *Taprobana* que era el nombre con que los antiguos llamaron la isla de Ceilán. Apenas se tuvieron noticias de su existencia hasta los tiempos de Alejandro Magno. Durante el imperio de Claudio vinieron de ella embajadores á Roma y aumentaron, según refiere Plinio, las noticias de aquella región. Se exageraron tanto al principio sus dimensiones que se creyó por mucho tiempo fuese el principio de otro continente.

2 Antiguo pueblo del Africa que habitaba el país llamado *Fazania* (hoy oasis del Fezzan); eran belícosos y daban caza á los negros de los oasis del Sur, á quienes vendían como esclavos. —La enorme distancia entre este país y la India y la consiguiente imposibilidad de contacto y mutuas relaciones, ni como amigos ni como enemigos, hacen resaltar más y más lo disparatado y absurdo de la relación de Don Quijote.

3 Fórmula familiar de juramento en que se atestigua con las barbas como objeto de estimación y aprecio.

jote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer de él, es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir:

—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes [1], que trae en el escudo un león coronado es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros gigánteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, se-

1 De color amarillo, o dorado.

ñor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana [1], que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Esparraguilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice así: *Rastrea mi suerte.*

Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura. Y sin parar prosiguió diciendo: A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto [2]; los montuosos que pisan los

1 Nombre que daba á las yeguas y caballos corpulentos, fuertes y briosos.

2 Río de la antigua Troada y afluente del Simois. Según Homero, este río era llamado Escamandro por los hombres, por ha-

masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte [1], los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo [2], los númidas dudosos en sus promesas [3], los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios [4], y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis [5], los que tersan y

berse ahogado en él un héroe llamado así. Los dioses lo llamaban Janto ó llanto por la virtud que tenían sus aguas de volver rubio el cabello de los que en él se bañaban.

1 Riachuelo de la antigua Asia Menor, afluente del Ponto Euxino, en el cual desagua por la ciudad de Temiscira. Según las leyendas mitológicas, las Amazonas habitaban sus márgenes.

2 Río de Lidia que nacía en las inmediaciones de Sardes. Era opinión general que este río arrastraba arenas de oro, por lo que le dieron el nombre de *Chrysorrhoas* y por cuya razón Don Quijote lo llama *dorado*, desde que se lavó en sus aguas Midas, rey de Frigia, á quien habían concedido los dioses la virtud de que cuanto tocase se convirtiese en oro.

3 Con razón califica á los númidas de dudosos en sus promesas, pues harto conocido es lo infieles que son á ellas.

4 Cualquiera que haya estudiado, aunque de una manera superficial la historia y geografía, comprenderá desde luego lo apropiados que son los epitetos con que califica Cervantes á todos estos pueblos, en lo que acredito más y más su vasta y exquisita erudición.

5 El Guadalquivir, río de Andalucía y que llamado por los romanos *Betis* dió el nombre de Bética á aquella región en tiempo de la dominación romana. Llámasele *olivífero* por la abundancia de olivares que riegan sus aguas. Hablando Marcial de este río usó de este mismo vocablo diciendo: *Baetis olivifera crinem redimite corona.*

pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo [1], los que gozan las provechosas aguas del divino Genil [2], los que pisan los tartesios campos [3], de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados [4], los manchegos ricos y coronados de rubias espigas [5], los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda [6], los que en Pisuerga se bañan [7], famoso por la mansedumbre de su corriente: los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido

1 Muchos poetas antiguos y modernos dieron al Tajo el epíteto de dorado por el oro que lleva entre sus arenas.

2 Esto es: *rio semejante al Nilo*, como dice Covarrubias deduciéndolo del árabe, y Cervantes ateniéndose á esta acepción, lo llama divino; pues así como el Nilo era tenido por una divinidad, por fecundizar con sus inundaciones el Egipto, del mismo modo el Genil fertiliza con sus aguas la vega de Granada.

3 Tarteso fué una ciudad antigua de la Bética, que, según unos, estuvo en la ensenada de Gibraltar, según otros, en Tarifa, según otros en Cádiz. Los autores latinos llamaron *Tartesia* á la región occidental de la Bética, y en el mismo sentido usa Cervantes de esta voz.—Bradford.

4 «Sabiendo además Homero, dice Estrabón, que estas espediciones (las de los griegos) llegaron á lo último de España, y habiendo conocido por los fenicios la opulencia y demás bienes de estos sitios, fingió allí el asiento de los justos y el campo eliseo». Siguiendo esta opinión llama Cervantes elíseos los campos ó prados jerezanos.

5 Llama á los *manchegos ricos y coronados de rubias espigas* por la abundancia de pan, vino y carne que, como afirma el Dr. Pisa, hay en la Mancha y Priorato de S. Juan.

6 Se refiere á los vizcaínos, los cuales benefician muchas herrerías, y los llama *reliquias de la sangre goda* porque se retiraron también á sus montañas, durante la invasión sarracena, según lo afirman algunos autores cuya opinión sigue Cervantes.

7 Rio que nace en la Sierra de Sejos y desagua en el Duero.

curso[1], los que tiemblan con el frío del silboso[2] Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino[3], finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra[4].

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo:

—Señor, ¡buena es ésa! que hombre ni gigante ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por

1 Río que nace al N. de la sierra de Alcaráz en los pequeños pantanos que forman las lagunas de Ruidera. Llámale célebre *por su escondido curso* porque después de haber recorrido unos 50 Km. á través de terrenos pantanosos, desaparece cerca de Tomelloso y á 24 Km. de allí, brota el agua de tierra en enormes borbollones, que es lo que se llama *Ojos del Guadiana*.

2 El ruido y susurro, que el viento produce agitando los árboles de aquellos elevados montes, hizo que Cervantes llamase *silboso* al Pirineo.

3 Muy elevada es, en efecto, la cordillera que atraviesa toda la Italia de N. S. la que, en algunos puntos, llega á medir 2479 m. como el monte Vetore en el Apenino Central.

4 En la enumeración de estos dos ejércitos ó escuadrones imaginarios imitó Cervantes la que hace Homero, en el libro XX de la Iliada, de los capitanes y naves con que fueron los griegos á la conquista de Troya, y la de los troyanos y sus tropas auxiliares, y si los críticos la celebran tanto, no debe merecerles menos aprecio la de nuestro autor, vista su exquisita erudición, la suavidad de estilo, y la propiedad de los peculiares atributos con que caracteriza tantos pueblos y ríos, en lo que seguramente compite con el poeta griego. PELLICER.

todo esto: á lo menos yo no les veo, quizá todo debe ser encantamento.

—¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote, ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruído de los tambores?

—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oigas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déjame solo, que solo basto á dar victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que son carneros y ovejas las que va á embestir, vuélvase. Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace! ¡Pecador soy yo á Dios!

Ni por esas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo:

—Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alancearlas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales

enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes, decía. ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza, y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente los dedos de la mano.

Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer: viéndole pues caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido,

bajó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábete Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos [1] como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí más recio que una escopeta cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo del

1 Real y verdaderamente.

alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: y propuso en su corazón de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése á donde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole Don Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte de ellas.

—¿Cómo no! respondió Sancho, ¿por ventura el que allá mantearon era otro que el hijo de mi padre? las alforjas, que aquí me faltan con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dijo Don Quijote.

—Sí, que me faltan, respondió Sancho.

—De ese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quijote.

—Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los malaventurados caballeros andantes, como vuestra merced es.

—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aina [1] un cuartal [2] de pan, ó una hogaza [3] y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides [4] aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; [5] mas con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.

1 Adverbio anticuado que significa: bien, fácilmente, pronto.

2 *Cuartal* es la cuarta parte.

3 Pan común y ordinario, alimento de trabajadores y jornaleros.

4 Médico griego anterior á Plinio el antiguo. Escribió un tratado *De Materia médica* en seis libros, traducidos después á varias lenguas.

5 Médico de Carlos V y de Julio III. Tradujo del griego la obra de Dioscórides, ilustrándola con anotaciones y figuras. Aunque natural de Segovia residió mucho tiempo en Alemania, Flandes é Italia. La traducción de Dioscórides tiene la particularidad de haber sido hecha en el mismo sitio en que estuvo la quinta Tosculana, donde Cicerón escribió varias de sus obras filosóficas.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza [1].

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados.

—Pídeselo tú á Dios, dijo Don Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano y atiéntame [2] con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan de este lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo:

Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal [3], todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

—Digo cuatro, sino eran cinco, respondió Don Qui-

1 Una prueba irrefutable de lo que aquí dice Cervantes nos la ofrecen Julio César y D. Jaime el Conquistador, D. Carlos Coloma y los marqueses de Santa cruz y de la Victoria, Garcilaso de la Vega y D. Alonso de Ercilla quienes fueron ilustres escritores al mismo teimpo que famosos guerreros y valientes capitanes.

2 Verbo anticuado por tentar, examinar con el tacto.

3 Llámanse así las muelas que en la edad viril nacen en las extremidades de las mandíbulas.

jote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; más á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la caballería; sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho: y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XVI

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

—Paréceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la Orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles con todo aquello que vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino [1], ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho, dijo Don Quijote; mas para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que, por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la Orden de la caballería para todo.

—¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote: basta, que yo entiendo que de participantes [2] no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra mer-

1 El yelmo de Mambrino.

2 Participantes se llamaban los que comunican con personas descomulgadas.

ced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no había de bueno en ello, era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía, y fué que la noche cerró con alguna oscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de razón, hallaría en él alguna venta.

Yendo, pues, de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían, á cuya vista Sancho empezó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual animándose un poco dijo:

—Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí, respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo! ¿adonde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?

—Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí á muy poco vieron lo que era porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frío de cuartana; y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente descubrieron que detrás de los encamisados venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien advirtieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva.

Esta extraña visión á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su

amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde forzosamente habían de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo:

—Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de donde venís, adonde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis; que según las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, que está la venta lejos y no nos podemos detener á dar cuenta como pedís; y picando la mula, pasó delante.

Sintióse de esta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: Deteneos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; sino, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de tal manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño y consigo en el suelo.

Un mozo, que iba á pie, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar[1] á Don Quijote, el cual, ya

1 Injuriar.

encolerizado sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió al mozo enlutado y mal sufrido y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba; que no parecía sino que en aquel instante le habían salido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas [1], no se podían mover; así que, muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.

Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzón en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataría. A lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que come-

1 Según Covarrubias es vestidura clerical, talar, que llega al suelo, cortada á todo ruedo y cerrada con golpes para sacar los brazos. En tiempos atrás era vestidura honorífica.

terá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

—¿Pues quién os ha traído aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de iglesia?

—¿Quién, señor? replicó el caído, mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes[1] dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller[2], y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató? preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller.

—De esa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en ven-

1 *Adverbio* anticuado y significa antes. La gente del campo lo usa todavía.

2 Viene de *bacca* en latín ó *baya* en castellano, nombre que se da á las frutillas ó simientes menudas de los árboles y del laurel con que antiguamente eran coronados los que obtenían ese grado. El lenguaje familiar suele tomar este nombre en mala parte, llamando *bachiller* al que habla mucho con petulancia, y usando del verbo *bachillear* en el sentido de hablar mucho, con osadía y poco fundamento.

gar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé como puede ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá ya derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo; el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que precisamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no puedo dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve sin duda.

—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana [1], dijo Don Quijote; ¿y

1 Modo proverbial con que se reconviene a alguno del silen-

hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán?

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer.

Halló Sanho un talego ó .costal en la acémila, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima de ella, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota [1] de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole también Sancho:

—Si acaso quisieran saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.*

Con esto se fué el bachiller. Olvidábaseme de decir que antes dijo á Don Quijote: Advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis, suadente diabolo*, etc.

—No entiendo ese latín, respondió Don Quijote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto como católico

cio que guardó sobre lo que convenía, mientras estuvo hablando de otras cosas.

1 Ordinariamente, *derrota* se dice de los viajes por mar, y *ruta* de los viajes por tierra. Aquí se tiene ejemplo de aplicarse *derrota* á los viajes terrestres; *ruta* nunca se aplica á los marítimos.

y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo.

En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra; y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le había movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura*, más entonces que nunca.

—Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto: y débelo haber causado ó ya el cansancio de este combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso, respondió Don Quijote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados, cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua, y en el pensamiento ahora, que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante: y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una triste figura.

—No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura:*

y créame que le digo verdad, porque le prometo [1] á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.

Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como había imaginado.

Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados de esto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; [2] y antecogiendo [3] su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle á replicar le si-

1 Aseguro.

2 Aunque, como dice Coll y Vehí, el Diccionario de la Academia no trae este refrán, viene á decir literalmente lo mismo que aquel otro, *el muerto al hoyo y el vivo al bollo.* Dice la Academia que con este refrán se indica que á pesar del sentimiento por la muerte de las personas queridas no podemos menos de excusarnos de tomar alimento y volver á los afanes de la vida. Según la ocasión y según el tono con que se pronuncie este adagio, puede revelar ó una serenidad muy estoica ó un alma de Caín.

3 Coger algo y llevarlo por delante.

guió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto en la acémila de su repuesto traían. Mas sucediöles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

De la jamás vista ni oida aventura que con más poco peligro fué acabada del famoso caballero en el mundo, como la acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.

—No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe estar alguna fuente ó arroyo que á estas yerbas humedece, y así será bien que vayamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podremos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, cemenzaron á caminar por el prado arriba, á tiento, porque la oscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andando doscientos pasos, cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua [1], especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos

1 Juego de palabras que expresa privar del gusto de beber agua á los que son tentados por la sed cuando pasan por delante de las fuentes.

golpes á compás, y con un cierto crugir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquiera otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche como se ha dicho, oscura y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temoroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero Don Quijote acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzón, y dijo:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama, [1] y el que ha de poner en olvido [2] los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del

1 Fueron tres hebreos, Josué, David y Judas Macabeo; tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César, y tres cristianos, el rey Artús, Carlomagno y Godofredo de Bullón. Difícilmente pudiera ocurrir qué Josué y David fueran caballeros andantes.

2 Respecto á la propiedad de locuciones como estas: «Yo soy el que ha de poner en olvido,» ó «el que he poner en olvido;» «Yo soy el que lo afirma,» ó «el que lo afirmo,» véase la Gramát. de Bello anotada por Cuervo n.º 849 y el *Diccionario de Locuciones Viciosas* por Ortúzar, art. Concordancia.

pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna [1], y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra; así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle:

—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos

1 Alusión al rio Nilo que, naciendo en la alta Etiopia en el monte de la luna, según se creía antiguamente, se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas ó cascadas; y al ruido estrepitoso que se supone hacen, comparó Don Quijote el agua de los batanes; tal fué el espanto que le causaron.

habrá quien nos note de cobardes. Cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que, no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiera llevarla. Yo salí de mi tierra, y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más y no menos: pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando yo más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco de ella me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. ¡Ay! señor mío, que no se me haga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este hecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mi me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo [1].

1 La constelación llamada por los Astrónomos *Osa menor* y por el vulgo *Carro menor* ó *Bocina* consta de ocho estrellas, incluso la del norte ó polar. Al rededor de esta voltean las otras siete, que forman la figura de la bocina, cuerno ó colodrillo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día.

—Falte lo que faltare, respondió Don Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero, y así te ruego Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.

Viendo pues, Sancho, la última resolución de su amo, y cuan poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día si pudiese: y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies á

Para conocer la hora se figura una cruz, con su cabeza, pie y brazos izquierdo y derecho y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura también cualquier hombre. En ella se suponen cuatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En Agosto, que es cuando parece sucedió esta aventura, está la boca de la bocina encima de la cabeza de la cruz, haciendo algo más de la media noche en su brazo izquierdo: de modo que desde entonces al alba faltan como unas tres horas. PELLICER.

Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y darle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón. Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse, y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo:

Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él, puso la una mano en el arzón delantero, y la otra en

el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido: á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía; pero con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo.

Érase que se era [1], el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar [2], y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino [3], romano,

1 Expresión familiar con que suele dar principio a los cuentos y relaciones la gente ordinaria. Clemencín dice, observa Bradford, que así se hacía también frecuentemente en los libros serios, á cuyos autores no puede atribuirse la cualidad de ignorantes.

2 Esta erudición, dice el Sr. Pellicer, escede a la capacidad de Sancho, que, como buen prevaricador de palabras, llamó *Zonzorino* á Catón Censorino. Rodrigo Caro dice también que los muchachos y la gente rústica empezaba los cuentos con esta entradilla: *Érase lo que era: el mal que se vaya y el bien que se venga: el mal para los moros: el bien para nosotros:* y añade que en esto imitaban el dicho de Plutarco: *Bulium foras, intro divitias et sanitatem.* el mal que se vaya y venga adentro la salud y el dinero.

3 Catón el Censor, llamado también el Mayor para destinguirlo del de Útica, nació el año 234 antes de J. C. en Tusculo. Se señaló por la austeridad de sus máximas y costumbres, como lo hicieron también los de su familia; por manera que ya en tiempo de Séneca, para denotar un varón grave, severo y constante, se decía: *es un Catón.* Por esto se le atribuían los preceptos y sentencias que se querían autorizar con su nombre como aquí se hace con la que alega Sancho. Escribio varias

que dice: *y el mal para quien le fuera á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado.

—Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor, cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruíz, y este Lope Ruíz quería casarse con una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un granadero rico, y este granadero rico...

—Si de esta manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho,

obras entre las que sobresalían la de los *Orígenes* y la *De re rústica*. Obtuvo todos los grados de la milicia por su valor y llegó á merecer los honores del triunfo. En todas sus arengas al Senado concluía con estas palabras: *delenda est Cartago*, este es mi parecer, que Cartago sea destruída. Murió á los 85 años y los romanos le dedicaron una estatua con esta inscripción: *A Catón por haber conservado la pureza de las costumbres.*

que como ya tengo dicho, este pastor quería casarse con Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña [1], y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—¿Luego conocístela tú? dijo Don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase á otro afirmar que lo había visto todo: así que, yendo días y viniendo días, el diablo que no duerme y que todo lo añasca [2], hizo de manera que la afición que el pastor tenía á la pastora se volviese en homecillo [3] y mala voluntad, y fué tanto lo que el pastor la aborreció, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamás.

Sucedió, que el pastor puso por obra su determinación, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pie y descalza desde lejos con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas [4] para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguarlo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó

1 Lo mismo que desdeñosa, esquiva ó intratable.

2 Embrolla, enmaraña.

3 Odio, envidia, y, como dice Sancho, mala voluntad. Según se ha advertido en otro lugar, homecillo es palabra corrompida de homicidio, templada su primitiva significación.

4 Ciertos afeites que se usaban para la cara.

no había barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas: mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra de él. Sigo pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.

—¿Qué sé yo? respondió Don Quijote.

—Hé ahí lo que yo dije que tuviese buena cuenta; pues se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso? respondió Don Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número, no puedes seguir adelante?

—No, señor, de ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuantas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué á mí

de la memoria cuanto me queda por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento.

—¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan, te deben de tener turbado el entendimento.

—Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante; tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante.

Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabía hacer. Viendo pues, Don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos

árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura: sintió también que el golpear no cesaba, pero no vió quién le podía causar, y así sin más detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días á lo más largo; como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días.

Díjole que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario, rata [1] por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula.

De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta último tránsito y fin de aquel negocio.

De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia que había de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho á pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo

1 Modo adverbial que significa á prorrata, á proporción.

andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo, que al pié de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas y se encomendaba á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veía lo que tan suspenso y medroso le tenía.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la dicha noche los había tenido; y eran (si no los has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados, y la boca de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras

tantas volvió á su risa, con el mismo ímpetu que primero, de lo cual se enfureció Don Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga:

—Has de saber, oh Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos hechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo pues, Don Quijote que Sancho hacía burla de él, se corrió y enojó en tanta manera que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos.

Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con humildad le dijo:

—Sosiéguese vuestra merced, que no vean mis ojos que me burlo.

—Pues por qué os burláis, no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprenderla y acabarla? ¿Estoy yo obligado á dicha [1] siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuales son de batanes ó no? Y más que podría ser, como es verdad que no los he visto en mi vida, como vos los habéis visto, como villano ruín que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en jayanes,

1 Es lo mismo que *por ventura, por dicha.*

y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

—No hay más, señor mío, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía: pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado de esta, ¿no ha sido cosa de reir y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto.

—No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.

—A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme: pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oído decir: ese te quiere bien, que te hace llorar; y más que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme.

—Tal podría correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo;

que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo; y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía; tuya en que me estimas en poco; mía en que no me dejo estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fué de la ínsula Firme, y se lee de él que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblando el cuerpo *more turquesco* [1]. Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sólo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia! De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo y mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero; así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo [2], porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro [3]. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegasen, el salario á lo menos no se ha de perder, como yo os he dicho.

1 *More turquesco* se refiere, como lo nota Bradford, á la inclinación de la cabeza y del cuerpo, no á lo de lo gorra. Cervantes, continúa el Sr. Bradford, que había vivido algunos años en Argel, no podía ignorar que, entre los mahometanos, el descubrir la cabeza no es muestra sino falta de respeto. En sus visitas y en las mezquitas mismas tienen los turbantes puestos: en cambio se dejan á la puerta los zapatos; y en tiempo de lodos es costumbre muy loable y grata para el dueño de la casa.

2 Esto es, sin usar burlas y chanzas entre los dos.

3 Refiérese aquí al refrán del Comendador Griego: Si la piedra da en el cántaro *mal para el cántaro* y si el cántaro da en la piedra *mal para el cántaro*, con que se da á entender que siempre pierde la parte débil.

—Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho: pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañil.

—No creo yo, respondió Don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podría suceder; que aun no sé como prueba en estos tan calamitotosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.

—De esa manera, replicó Don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque después de los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XVIII

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el ínterin en los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día antes.

De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro: y apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo:

—Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra, otra se abre. Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche. Digo esto, porque si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino [1], sobre que yo hice el juramento que sabes.

1 El yelmo era una parte de la armadura antigua, que en el día solo sirve de ornato en los escudos de armas. Constaba de

—Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querría que fuesen otros batanes, que nos acabasen de batanar [1] y aporrear el sentido.

—¿Qué es lo que hablas? replicó Don Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes!

—No sé nada, respondió Sancho, más á fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado [2], que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que veo ó columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate, y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo [3], concluyo esta

varias piezas, por lo común de acero bruñido con sus goznes y muelles, destinado para defender la cabeza. El yelmo arma propia de la caballería, se distinguía por la visera del morrión, de la celada y del capacete que usaba la infantería. El célebre *yelmo de Mambrino*, nombre que tomó del rey moro que lo usaba, era encantado, tenía la virtud de hacer invulnerable al que lo llevaba. Bastús.

1 Verbo formado de la palabra *batán*, lo mismo que *abatanar*, que significa golpear los mazos el paño en el batán.

2 *Rucio* es mezclado de blanco con rojo ó negro; *rodado* se llama el caballo que tiene ciertas como manchas ó visos circulares, á manera de ruedas en la piel.

3 Actualmente no se usa el verbo *ahorrar* sino como activo, v. g.; *ahorrar tiempo;* ó en forma de recíproco por ej: *ahorrarse de tiempo.*

aventura, y queda por mío el yelmo, que tanto he deseado.

—Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano [1] sea, y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes, dijo Don Quijote; que ¡voto... y no digo más, que os batanee [2] el alma!

Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le había echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él, sí, y así el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía [3] de azófar: y quiso la suerte, que al tiempo que venía comenzó á llover, y porque no se le manchase el

1 El *orégano* es una planta que echa muchos tallos de dos ó tres pies de largo, cuadrados, vellosos y nudosos: las hojas, que son pequeñas y ovaladas, nacen opuestas en los nudos, y en la cima de los tallos las flores que son pequeñas y de color rojo. Toda la planta es aromática. Se usa la expresión *oregano sea* para expresar el temor de que un negocio ó empresa dé mal resultado. ACADEMIA.

2 Este verbo tiene el mismo origen que *batanar*, pero su significación es metafórica, porque no se aplica nunca á los batanes, sino solamente á las personas que, á manera de batanes, golpean ó muelen física ó moralmente al prójimo.

3 Las *bacías* del tiempo de Cervantes, en que se llevaba barba larga, debían ser de hechura más honda que las de ahora. De otro modo no era posible que una bacía se encajase y mantuviese en la cabeza, como sucedía con el *baciyelmo* de nuestro hidalgo.

sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasión, que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre barbero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:

—Defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe.

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma [1] sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó más lijero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento.

Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano [2] había andado dis-

1 *Fantasma* es del género masculino cuando significa ilusión de la fantasía ó del sueño, y también cuando con este nombre se designa al hombre presuntuoso y entonado; pero es femenino cuando se aplica á los espantajos con que se asusta á la gente ignorante. ACADEMIA.

2 En su origen *pagano* equivale á *aldeano morador de los* pagos *ó poblaciones campestres,* pues eso significaba *pagus*, palabra latina de que se deriva. Posteriormente se dió este nombre á los que profesaban la religión de los falsos dioses, porque á medida que el cristianismo se fué estableciendo y generalizando, el culto de las divinidades falsas fué decayendo, y como los que lo profesaban no podían ya dedicarse á ejercerle públicamente, sólo lo hacían en las poblaciones pequeñas y en las aldeas que, como queda dicho, se llamaban *pagus* en latín.

creto, y que había imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por instinto natural, sabe que es perseguido [1].

Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos, dijo:

—Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho [2] como un maravedí: y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo:

—Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza, y lo peor de ello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, más vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad de ella.

—¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote.

—Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo, por algún extraño accidente

1 Antiguamente se creía que el castor, cuando se veía perseguido, se arrancaba con los dientes y soltaba unas bolsas que tienen y en las cuales se halla contenida la sustancia conocida con el nombre de *castóreo:* y esto lo hacía por un instinto particular, como si conociese que por aquello era perseguido; casi todos los naturalistas niegan esta particularidad.

2 Moneda de plata, llamada así por que valía ocho reales de plata. El valor del real de plata fué vario antes de los Reyes Católicos, que lo fijaron en treinta y cuatro maravedís, equivalente á 89 maravedís de los actuales y venía á ser como el real de plata columnario.

debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuera, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutación, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas [1]: y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada, cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas y le rompieron la alcuza donde venía aquel benditísimo brevaje que me hizo vomitar las asaduras [2].

—No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.

—También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora [3]: cuanto más, que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos cinco sentidos de ser herido ni de herir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no

1 Algunos mitólogos dicen que Vulcano, dios de las fraguas y herrerías, trabajó un yelmo para Marte, dios de la guerra ó de las batallas.

2 Las entrañas.

3 Esto es, la de mi muerte.

hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

—Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabezá rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena [1]. Y dijo Sancho:

—Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras: pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas los estacazos de los yangüeses. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos de este caballo rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego [2], no lleva pergenio [3] de volver por él jamás; ¡para mis barbas que si no es bueno el rucio!

—Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los ca-

1 Elena, princesa griega y esposa de Menelao, rey de Lacedemonia fué robada por Páris, hijo de Priamo, rey de Troya. De este agravio hecho á Menelao, formaron queja común los reyes griegos, y se confederaron para vengarlo, como lo consiguieron con la ruina de Troya.

2 Esto es: *cogió las calzas de Villadiego,* expresión proverbial que significa huir, escapar.

3 Apariencia, trazas.

ballos y dejarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él.

—Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocarle con este mío que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.

—En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes de ellos necesidad extrema.

—Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona, no los hubiera menester más; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirarlos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que los habían puesto. Cortada, pues, la cólera, y aun la melancolía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él

á la ventura sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando, dijo Sancho á su amo:

—Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa[1] un poco con él? que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se malograse.

—Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

—Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos días á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos donde ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algún emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual según sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir, que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.[2]

1 Verbo anticuado que significa comunicarse, hablar con otro siendo dos solos los interlocutores.

2 Olvidar. Alúdese á la costumbre de ponerse entre los reglones escritos lo que se olvidó al escribirlo.

—No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas ántes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobación, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algún gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: Este es el caballero del Sol ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Broca Bruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años: así que, de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al aboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará á las fenestras [1] de aquel real palacio el Rey de aquel reino; y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «Ea sus [2], salgan mis caballeros cuantos en mi corte están, á recibir á la flor de la caballería que allí viene.»

Á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija. Y lo bueno es que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tie-

1 Ventana. Palabra latina, anticuada por su desuso actual; pero muy frecuente en nuestros escritores antiguos. Es también anticuada la frase *pararse á las fenestras*, por *ponerse á las ventanas*.

2 Interjeción anticuada y derivada del latino *sursum* equivaliendo á: *ea, arriba, levantaos.*

ne una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le hace. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á la infanta, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios; y la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé que reino, porque cree que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado.

—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura.*

—No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores: sólo falta ahora mirar que rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. También me falta otra cosa: que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo como se podría hallar que yo sea de

linaje de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el Rey dar á su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos [1]; y podría ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey. Porque hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podría ser yo de estos, que después de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser.

—Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

1 Las leyes antiguas imponian 500 sueldos de pena á los que hacian perjuicio ú ofensa grave á personas nobles, las cuales percibian esta multa en indemnizacion del agravio. El que se hacia á personas de inferior clase, se satisfacia con menores penas pecuniarias; de suerte que la cantidad de la multa indicaba la calidad del agraviado. De aquí vino la denominación de *hidalgo de devengar quinientos sueldos*, que era la multa mayor señalada por las leyes, y que alguna vez se aplicó también á los agravios cometidos contra los ministros de justicia, y aun contra los canónigos y clérigos de ciertas iglesias, por la mayor importancia de sus personas. BRADFORD.

—Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin quien sea por ruin se tiene.

—Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.

—Y aun te sobra, dijo Don Quijote, y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso, porque siendo yo rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

—Y ¡montas[1], que no sabría yo autorizar el litado! dijo Sancho.

—Dictado has de decir que no litado, dijo su amo.

—Sea así, respondió Sancho Panza. Digo que le sabría bien acomodar, porque por vida mía, que un tiempo fuí muñidor[2] de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de mullidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. ¿Pues que será cuando me ponga un ropón ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.

—Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

—¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa? Y aun si fuere menes-

1 Interjeción anticuada: Ahí es decir, ahí es nada. ACADEMIA.

2 Criado de cofradía, que sirve para avisar á los hermanos las fiestas, entierros y otros ejercicios á que deben concurrir.

ter, le haré que ande tras mí como caballerizo de grande.

—¿Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos?

—Yo se lo diré, respondió Sancho. Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre sino que siempre andaba tras de él: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

—Digo que tienes razón, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey y el hacerme conde.

—Así será, respondió Don Quijote; y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce y nunca imaginada historia, que después que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo anterior quedan referidas, que Don Quijote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por el cuello, y todos con esposas á las manos.

Venían así mismo con ellos tres hombres de á caballo y dos de á pié: uno de á caballo con escopeta de rueda [1], y los demás con dardos [2] y espadas; y así como Sancho Panza los vió, dijo:

—Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras.

—¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza.

1 Especie de arcabuz que se disparaba con una rodaja ó maquina más complicada que la llave que tienen ahora generalmente las armas de fuego.

2 Eran una especie de lanzas pequeñas y delgadas que se arrojaban con la mano.

—En resolución, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad.

—Es así, dijo Sancho.

—Pues de esa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecución de mi oficio, deshacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informarle y decirle la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Majestad, que iban á galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

—Con todo eso, replicó Don Quijote, querría saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leerlas: vuestra merced llegue, y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente qne recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero

le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él respondió:

—Quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas? preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico: más respôndió por él el primero, y dijo:

—Este, señor, va por canario [1], digo que por músico y cantor.

—Pues ¿cómo! repitió Don Quijote, ¿por músicos y cantores van también á galeras?

—Sí, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he oído decir, dijo Don Quijote, que quien canta sus males espanta.

—Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida.

—No lo entiendo, dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo:

—Señor caballero, cantar en la ansia se dice entre

1 Alusión al pájaro de este nombre, y á que el galeote *cantó* ó confesó su delito *en el ansia* que es como se llama germanescamente á la tortura ó cuestión de tormento; por la misma analogía se llama *cantor* al que en fuerza de ello confiesa.

esta gente *non sancta* confesar en el tormento. Á este pecador le dieron tormento, y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos, que tantas letras tiene un nó como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así, respondió Don Quijote, el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió, y dijo:

—Yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros de esa pesadumbre.

—Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola [1] del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo,

1 Voz anticuada por *pluma*, de donde se llamó *pendolista* al escribiente.

y no en este camino atrillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta.

Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie de amigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban á la cintura, en las cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza á llegar á las manos.

Preguntó Don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda:

—Porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque lo llevaban de aquella manera, no iban seguros de él, sino que temían que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, sino ha merecido más pena que echarle á las galeras?

—Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

—Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido, pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—Pues ¿no te llaman así, embustero? dijo la guarda.

—Sí, llaman, respondió Ginés; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

—Y le pienso quitar [1], dijo Ginés, si quedara en doscientos ducados.

—¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.

—Es tan bueno respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes [2], y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote.

1 Desempeñar.

2 Es decir, explica Bastús, mis aventuras o los hechos de mi vida son tales que superan de mucho á los que se cuentan del Lazarillo de Tormes. Escribio la vida de este pordiosero D. Diego Hurtado de Mendoza.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* respondió el mismo.

—Y ¿está acabado? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? dijo Don Quijote.

—Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho [1], respondió Ginés, y no me pesa mucho de ir á ellas, porqué allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

—Hábil pareces, dijo Don Quijote.

—Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen á los bellacos, dijo el comisario.

—Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su majestad manda: sino... basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle, y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este.

1 *Bizcocho* es pan con que se abastece las embarcaciones y que ahora se llama *Galleta*. *Corbacho* ó *rebenque era el* látigo con que el cómitre de las galeras castigaba á los condenados á ellas.

Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algún tanto suelta la lengua. Y volviéndose á todos los de cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de este, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníais: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á esos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y

no es bueno que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza.

—¡Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato [1].

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió Don Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que esta era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron manos á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba, y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados.

Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los aguardaba, no hicieron cosa

1 Frase proverbial que significa: tentar la paciencia á alguno con riesgo de irritarle.

que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado; y arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin dispararla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristecióse mucho Sancho de este suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida[1] saldría á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

—Bien está eso, dijo Don Quijote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habían despojado al comisario se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recibido;en pago del cual quería, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero,

1 Á campana tañida, á toque de campana. Este modo de convocar por medio de las campanas, es lo que se llama *tocar á somatén*, en Cataluña, y *á rebato*, en Castilla.

el de la Triste Figura, se le envía á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad: y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura.

Respondió por todos Ginés Pasamonte, y dijo:

—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto [1], digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo [2].

—Pues voto á tal, dijo Don Quijote (ya puesto en cólera), don Ginesillo de Parapillo, ó como os llaméis,

1 Alude, aunque en sentido contrario a lo que se lee en el Cap. XVI de los Números, cuando murmurando los hijos de Israel contra Moisés porque los había traído al desierto, se acordaban de cuando estaban en Egipto sentados junto á las calderas ú ollas llenas de carne. BASTÚS.

2 Expresión proverbial con que suele designarse un imposible, cual es que un olmo produzca peras.

que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas.

Pasamonte, que no era nada sufrido, (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo [1] á los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando uno de los de la chusma fué sobre él, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla [2] que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grebas [3] no le estorbaran. Á Sancho le quitaron el gaban, y dejándo-

1 Hacer señas con los ojos ó guiñar, regularmente con el fin de ponerse de acuerdo para algún objeto. También suele decirse metafóricamente *hacerse del ojo*, para significar en general que dos ó más personas convienen ó se conciertan en una misma cosa.

2 La ropilla era una especie de sobrevesta o vestidura corta con mangas cortas también y sueltas, que solían llevar los caballeros sobre sus armas para conservar el lustre de estas.

3 Eran unas piezas de la armadura que cubrían la parte anterior de las piernas, desde el empeine del pie hasta las rodillas. Eran como parte y continuacíon de los quijotes, y solía llamárselas también *canilleras*. Su uso es muy antiguo, como que sabemos las usaban ya los griegos y los romanos.

le en mangas de camisa, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Sólo quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en camisa, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan malparado, por los mismos á quién tanto bien había hecho.

CAPÍTULO XX

De lo que sucedió al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más famosas aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan malparado Don Quijote, dijo á su escudero:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en el mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.

—Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creído, se hubiera excusado de este daño, créame ahora, y se excusará de otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas [1] me zumban por los oídos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero

1 La saeta es una de las armas antiguas que se usaban antes de inventarse y generalizarse las de fuego. Consistía en una asta delgada de unos dos palmos con una punta de hierro en el extremo anterior y una lengüeta, y en las parte posterior unas plumas cortas para que fuera derecha al dispararla con el arco. BASTÚS.

tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición, que jamás en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté de este peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente de este que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete mancebos [1] y á Cástor y á Pólux [2], y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á las fuerzas, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día; y sepa, que aunque zafio y villano, todavía me alcanza algo de esto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de

1 Debe decir Macabeos, pues, aunque casi todas las ediciones del Don Quijote, ponen mancebos todos los comentadores convienen en que en el manuscrito original debía decir Macabeos. La Sagrada Escritura refiere el martirio de los siete hermanos llamados Macabeos y tratándose de hermandades ninguna hay más famosa que la de los siete Macabeos.

2 Hijos de Leda, reina de Lacaonia. Cástor era mortal, como hijo del rey Tíndaro, y Pólux, inmortal, como hijo del Dios Júpiter; pero Polux, como buen hermano, consiguió de su padre que se partiese entre los dos la inmortalidad, y vivían alternativamente por días, según unos, y por semestres, según otros. Finalmente fueron trasladados al cielo donde forman el signo de *Geminis*.

haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó sino yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos. Subió Don Quijote sin replicar más palabra, y guiando Sancho sobre su asno se entraron por una parte de Sierra-Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgó á milagro, según fué lo que miraron y buscaron los galeotes.

Así como Don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido á caballeros andantes, é iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerigal habían quedado; y así iba tras su amo sentado á la mujeriega sobre su jumento, sacando de su costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó sus ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester; y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzón un

cojín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella, vió lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro. Y así como los vió dijo:

—¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! Y buscando más halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual, visto por Don Quijote, dijo:

—Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejara aquí este dinero.

—Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino ni doy en lo que pueda ser; mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Y hojeando casi todo el librillo, halló versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos

contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos que pasaban de ciento, y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brevaje, las bendiciones de las estacas, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún principal á quien desdenes y malos tratamientos debían de haber conducido á algún desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pensar en adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña lijereza. Figurósele que iba medio desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos

y rebultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos le cubrían unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, más tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta; y aunque pasó con la lijereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguirle, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscarle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle; y así mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante.

—No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió:

—Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor sin hacer

esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.

—Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote; que ya que hemos caído en sospecha de tener el dueño casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselo; y cuando no lo buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscarle, por la que á mí se quitará si le hallo.

Y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les había traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darían buena cuenta.

Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo:

—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que há seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojín y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

—También la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece y caiga, sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho; que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro [1].

—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote, ¿sabéis vos quién sea el dueño de estas prendas?

—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses, poco más ó menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas de este lugar, un mancebo de gentil talla y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojín y maleta que decís que hallasteis y no tocasteis. Preguntónos que cuál parte de esta sierra era la más áspera y escondida; dijímosle, que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar enca-

1 Esto es, no quiero cosas, que, aunque buenas y ventajosas, traen consigo otros inconvenientes, como lo sería llevar cencerro el perro destinado á guardar la casa contra los ladrones, ó el ganado contra los lobos. Así hablaba el hipócrita de Sancho, dando á entender que no quería la maleta con gravamen de su conciencia.

mine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le veíamos caminar y volverse hacia la Sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí á algunos días salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña lijereza, hecho esto, se volvió á entrar en la Sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos días por lo más cerrado de esta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortésmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle también, que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, por que con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón del asalto pasado, y ofreció de pedirlo de allí adelante por amor de Dios,

sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entonces: porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró, enmudeció y clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña un gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido. Mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacía diciendo: «¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste: estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño; y á estas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido.

Quitámosle, pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir más palabra se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguirle: por esto conjeturamos que la locura le venía á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza: porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended, que el dueño de las prendas que hallasteis, es el mesmo que visteis pasar con tanta lijereza como desnudez.

CAPÍTULO XXI

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado. Mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete fuera menos mal[1], porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar

1 Sancho llama *Guisopete* al fabulista Esopo. Otros le llaman *Isopete* y el vulgo todavía le llama *Isopo*.

buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, peladillazos y puñadas; y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvoconducto, digo, señor, ¿es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino?

—Calla, Sancho, dijo Don Quijote, porque te hago saber que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un andante caballero.

—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

—No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro [1], pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia? dijo Sancho.

—Sí, dijo Don Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te

1 Lances en el juego de los dados, de donde se toma la semejanza. *Azar* es el lance que pierde, y *encuentro*, es el que gana.

tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes [1] para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan. Digo asimismo, que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los más oficios y ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos y describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. De esta misma suerte Amadís fué el norte, el lucero, el sol de los valientes caballeros, á quien debemos imitar todos aquellos que debajo de la bandera de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare, estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró á hacer

1 Interjección enfática, especie de imprecación contra quien haga ó diga lo que se desaprueba.

penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que, me es á mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos,[1] desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

—¿Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, que quiero imitar á Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, é hizo otras cien mil violencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldán ú Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenía) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren ser más esenciales; y podría ser que viniese á contentarme con sola la imitación de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y de sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa

1 En los libros de caballerías se usa muchas veces esta y la palabra *vestiglo* para indicar un animal horroroso.

para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco?

—Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias,[1] el toque está en desatinar sin ocasión y dar á entender que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal, cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuese al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada; así que de cualquier manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trajeres por cuerdo, no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, cuando aquel desgraciado le quiso hacer pedazos; pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo cual respondió Sancho:

—Con ciento de á caballo, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas qne vuestra merced dice, y que por ella vengo á imaginar que todo cuanto me dice de Caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, como lo lla-

1 Expresión con que se explica que algunas cosas se hacen sin eleccion y que no merecen gracias.

máremos; porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en más de medio día, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma, debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diera tanta gracia, que algun día me vea con mi mujer é hijos.

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Qué es posible que en cuanto há que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me persiguiría por quitármele; pero como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procurarle, como se mostró bien en el que quiso romperle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester; que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldán que á Amadís.

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra-Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero su suerte fatal, que según opinión de los que no tienen lumbre de la verdera fe, todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde había llevado á Don Quijote Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desgraciados, y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo porvenir; Ginés, que no era agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno de Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio; el cuál viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía:

—¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada día, mediaba yo mi despensa!

Don Quijote que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de asnos, para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don Quijote la merced que le hacía; y cargando con todo aquello que había de llevar el Rucio, merced á Ginesillo de Pasamonte, siguió á su amo por donde Rocinante le llevaba, hasta que en diversas pláticas llegaron al pie de una montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban; había por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible.

Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en alta voz, como si estuviera sin juicio:

—Este es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto; este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas de este pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contínua las hojas de estos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado [1] corazón padece. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses [2], que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada! oid las quejas de este desdichado. ¡Oh solitarios

1 Perseguido ó conducido por *senderos ó sendas.*

2 Falsas divinidades bajo cuya protección habían puesto los paganos los árboles, los bosques, los ríos, etc.

árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía á mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello; y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres; que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el hipógrifo [1] de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

—¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio! que á fe que no faltaran palmadicas que darle ni cosas que decirle en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué, que á él no le tocaban las generales de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios quería [2]; y en

1 Monstruo fabuloso, hijo de grifo y yegua. Ariosto pondera la ligereza del *hipógrifo* comparándola con la del águila, de la flecha y del rayo. Recordemos que se trata de aquel rocín *pasicortó* y *flemático*, de quien no se lee que diese jamas *carrera tirada*, y comprenderemos que Cervantes quiso soltar la pluma para reirse al escribir estas líneas.

2 Expresión del que experimenta desgracias después de la prosperidad. La expresión es original de Virgilio quien la pone en boca de Dido al ver esta la espada de Eneas diciendo:

¡Dulces exuviæ, dum fata deusque sinebant!

y la copia Garcilaso en los versos

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque será ahorrar el tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé cuando llegaré, ni cuándo volveré, porque en resolución soy mal caminante.

—Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres; que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

—¿Pues qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto?

—Bien estás en el cuento, respondió Don Quijote; ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas de este jaez que te han de admirar.

—Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina de esta penitencia; y sería yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quiérote hacer sabedor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino

muy de veras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos [1], y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir; así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo: y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje; que en sólo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace; que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced de este purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo Don Quijote: mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien há infierno, respondió Sancho, *nulaest retencio*, según he oído decir.

—No entiendo que quiere decir *retencio*, dijo Don Quijote.

—*Retencio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale de él ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los

1 *Relapsos* se llamaba á los que después de castigados reincedían en los mismos delitos: equivale á *reincidentes*, cuya pena es y debe ser mayor que la de los que delinquen por primera vez.

pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras, (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced de este purgatorio que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir de él la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura; pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca también, añadió Sancho.

—Todo era menester, dijo Don Quijote; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como lo hacían los antiguos en hojas de ciertos árboles, ó en unas tablillas de cera [1]; aunque tan dificultoso será ha-

1 Parece que las primeras escrituras de los hombres se hicieron en hojas de los árboles, principalmente de palmera. Las tablas de piedra y de bronce y las tablitas enceradas se usaron comunmente entre los pueblos ya más civilizados, como los griegos y los romanos, y se escribía en las últimas por medio de unas puntas de hierro ó de hueso llamadas estilos. Escribióse también en tablas cerusadas, es decir, que tenían una capa de cerusa, y se hacía con tinta, con una especie de cañas ó juncos. Descubrióse después el papiro en Egipto, que se formaba por medio de la trabazón de las varias capas ó telillas del papiro, planta muy abundante en las márgenes del Nilo, y de la cual tomó después su nombre el papel que usamos en el día, cuya moderna invención se atribuye por unos á los moros, y por otros á los chinos. La preparación del pergamino se conoció después que estaba ya muy en uso el papiro: y como esta invención se hizo,

llarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien y aun más que bien escribirla, que es en el librillo de memoria que hallamos; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho.

—Nunca las cartas de Amadís, se firmaron, respondió Don Quijote.

—Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar; y esa si se traslada dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplirla; y en lo que toca á la carta, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque en doce años, no la he visto cuatro veces; tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—Ta, ta, dijo Sancho, ¿qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo.

según se cree, por un rey de Pérgamo, tomó de esta ciudad el nombre de pergamino.

BASTÚS.

—Bien la conozco, dijo Sancho, puesto que nunca la he visto; y sé decir que tira tan bien una barra [1] como el más forzudo zagal de todo el pueblo. Es moza de chapa [2], hecha y derecha, y que puede sacar la zanca del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡Oh, qué rejo [3] que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien; y querría ya verme en camino sólo por verla, que há muchos días que lo deseo. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser,

1 El juego de la barra, dice el mismo Sr. Bastús, es uno de los más antiguos, al que se dedicaron los hombres para entretenerse y para desarrollar las fuerzas corporales. Era uno de los juegos gimnásticos de los griegos. No se sabe si el juego de la barra dió origen al del disco ó este á aquel. De todos modos uno y otro tenian por objeto arrojar á la mayor distancia posible una barra, un disco ó una bola de hierro, plomo ú otro metal con arreglo á ciertas reglas establecidas.

2 Con la chapa se asegura la obra hecha, y así *moza de chapa* quiere decir moza de fundamento é importancia.

3 Esto es, qué vigor y qué fuerza tiene.

según deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero, Sancho, que sepas que por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las más se las fingen por dar sugeto á sus versos, y porque los tengan por hombres de valor; y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la información de él para darle algún hábito [1],

[1] Esto es, para darle el hábito de las órdenes distinguidas en las cuales no puede entrarse sin haber hecho antes informacion de nobleza.

y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena [1], ni la alcanza Lucrecia [2], ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos.

—Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios que me mudo [3].

Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la quería leer porque la tomase de memoria, si acaso

1 Esposa de Menelao, rey de Lacedemonia, que robada por París, hijo de Príamo, fué la causa de la destrucción de Troya.

2 Célebre matrona romana, que, habiendo sido agraviada por Sexto, hijo de Tarquinio el Soberbio, se mató. Arrancóle Bruto el puñal y corriendo con él en la mano, animó al pueblo, ya cansado del despotismo y tiranía de tan cruel y soberbio rey, á que lo expulsara.

3 Expresión familiar, propia de quien se despide para irse á otra parte.

se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. Á lo cual respondió Sancho:

—Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo: pero con todo esto dígamela, que me holgaré mucho de oirla, que debe de ir como de molde.

—Escucha, que así dice, dijo Don Quijote.

Carta de Don Quijote á Dulcinea del Toboso.

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, te envía la salud que él no tiene. Si tu bondad me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer [1] *que yo sea asaz de sufrido* [2], *mal podré sostenerme en esta cuita* [3], *que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te veniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.*

Tuyo hasta la muerte,

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

1 Conjunción ant. aunque.

2 Frase usada en los libros de caballerías, y vale tanto como si tú me estás estrechando ó vejando con tus desdenes, aunque yo sea bastante ó muy sufrido, mal podré etc.

3 Aflicción, trabajo ó necesidad extrema.

—Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás he oído: pesia á mí, y cómo le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad que no hay cosa que vuestra merced no sepa.

—Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traigo.

—Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozca en viéndola.

—Que me place, dijo Don Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decía así:

Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos [1], *señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están á cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra-Morena á veinte y nueve de Agosto de este presente año.*

—Buena está, dijo Sancho; fírmela vuestra merced.

—No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma y para tres asnos y aun para trescientos fuera bastante.

—Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese á echarme su bendición, que luego pienso partirme sin ver la

1 Festiva imitación de las fórmulas acostumbradas en las letras de cambio y documentos de giro, aplicada á una libranza asnal.

sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero digo, que me veas hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas visto tú por tus ojos, puedas hablar de las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas breves y las que le vinieren más á cuento; cuánto más, que para mí no era menester nada de eso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece; y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una...? No me lo haga decir la señora, porque, por Dios que despotrique y lo eche todo á doce [1], aunque nunca se venda. ¡Bonito soy yo para eso! Mal me conoce; pues á fe que si me conociese, que me ayunase.

1 *Echémoslo todo á doce, siquiera nunca se venda,* refrán castellano que se usa en ocasiones de enojo y despecho, cuando se quiere atropellarlo todo y meterlo á barato. *Lo eche todo, aunque nunca se venda,* idiotismo vulgar que vale lo mismo que hablar claro, sin reparo; no guardar modo, respeto ni miramiento: atropellar por todo. ARRIETA.

—Á fe, Sancho, dijo Don Quijote, que á lo que parece no estás tú más cuerdo que yo.

—No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy más colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo?

—No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes. Á esto dijo Sancho:

—¿Sabe vuestra merced lo qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, según está escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré de no apartarme de estos contornos, dijo D. Quijote; y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitación del hilo del laberinto de Teseo [1].

—Así lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendición á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió de él; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomen-

1 Héroe antiguo y cuya vida tiene tanto de fabulosa como de histórica. Encargóse de devolver á Creta el tributo de jóvenes que debían ser devorados por el Minotauro, al que mató, saliendo después del intrincado laberinto, merced al hilo de Ariadna.

dó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien que para que pueda afirmar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo? dijo Don Quijote. Espérate, Sancho, que en un credo las haré: y luego sin más ni más dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbos la cabeza abajo y los pies en alto. Volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXII

Donde se prosiguen las finezas que hizo D. Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas, y que vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de un alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más á cuento, imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las melancólicas; y hablando entre sí mismo decía: Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de á blanca [1] por la planta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fontana [2], y por las nuevas que le dió el pastor de que su

1 Alfiler gordo, de á cuarto; *blanca* era una moneda que valía medio maravedí.

2 Es voz italiana usada en tiempo de Cervantes en lugar de fuente.

dama le había cometido desaguisado; pero yo, ¿cómo puedo imitarle en las locuras, si no le imito en la ocasión de ellas? Por otra parte veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama como el que más; se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni para qué tengo de enturbiar el agua clara de estos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas murió por acometerlas. Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y encomendarse á Dios; pero ¿de qué haré rosario? que no le tengo. En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fué unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millar de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era, no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y así se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza.

En esto y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos [1] de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á

1 Divinidades rústicas, de inferior orden entre otras de la gen-

la dolorosa y húmeda Eco [1], que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenía en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si, como tardó dos días, tardara dos semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que nadie lo conociera. Y será bien dejarle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué que en saliendo al camino real, se puso en busca del Toboso, y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes días que todo era fiambre.

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no, y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro:

—Dígame, señor Licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el Ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

—Sí es, dijo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de

tilidad. Los faunos presidían á los campos y heredades y los silvanos á las selvas.

1 Ninfa que condenada por la diosa Juno á no repetir más que la ultima palabra ó sílaba de lo que le preguntaban, se retiró á las grutas por cuya razón Don Quijote la llama *húmeda;* fué convertida en roca.

los libros; los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el Cura le llamó por nombre, diciéndole:

—Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y suerte dónde y cómo su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir por los ojos que en la cara tenía.

—No, no, dijo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena [1].

—No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su aventura ó Dios que lo hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de esta montaña, muy á su sabor.

Y luego de corrida sin parar les contó de la suerte que quedaba, las primeras aventuras que le habían con él sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de D. Quijote, y el género de ella, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria,

1 Expresión proverbial que envuelve amenaza de averiguación y litigio mayor. *Morena* parece ser abreviatura de *marimoregia* que significa riña o pendencia.

y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase: á lo cual dijo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo, pero no le halló, ni lo podía hallar si le buscara hasta ahora, porque se había quedado Don Quijote con él, y no se le había dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad de ellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el Cura y el Barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

—¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

—¿Cómo es eso? replicó el Barbero.

—He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venía la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa; y con esto les contó la pérdida del rucio.

Consolóle el Cura, y díjole que hallando á su señor él le haría revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se aceptaban ni cumplían. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía

casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen.

—Decidla, Sancho, pues, dijo el Barbero, y que después la trasladaremos.

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

—Por Dios, señor licenciado, que no sé quien lleve la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decía: *Alta y sobajada Señora:*

—No diría, dijo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana ó soberana señora.

—Así es, dijo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuerdo, el *llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos;* y no sé qué decía de salud y enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.*

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta dos ó tres veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria para trasladarla á su tiempo. Tornóla á decir otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo también cómo su señor, en trayendo que le trajese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino á procurar cómo ser emperador ó por

lo menos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo.

Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de más gusto oir sus necedades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible [1] era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decía, ó por lo menos arzobispo ú otra dignidad equivalente. Á lo cual respondió Sancho:

—Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.

—Suélenles dar, respondió el Cura, algún beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada [2]; amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa de ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no

1 Factible, hacedero, practicable. Es palabra nueva y que, como dice Bradford, se ha usado muy poco.

2 Renta fija, conocida.

emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengáis pena, Sancho amigo, dijo el Barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque será más fácil á causa de que él es más valiente que estudiante.

—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más merecedes me haga.

—Vos lo decís como discreto, dijo el Cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa porque no entraba ni le convenía entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer.

Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, dió el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querían; y fué que dijo al Barbero que lo que había pensado era que se vistiera en hábito de doncella andante, y que él procuraría ponerse lo mejor que pudiese como escudero; y que así irían adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un dón,

el cual él no podría dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el dón era que se viniese con ella donde ella le llevase, á deshacerle un agravio que un mal caballero le tenía hecho; y que le suplicaba asimismo que no la mandase quitar su antifaz [1], ni la demandase cosa de su hacienda hasta que la hubiese hecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda, que Don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que de esta manera le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

1 Velo que cubre el rostro para defenderlo del sol, del polvo. del frío y del aire. Empléase también como disfraz.

CAPÍTULO XXIII

De cómo salieron con su intención el Cura y el barbero y del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.

No le pareció mal al Barbero la invención del Cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera unas sayas y unas tocas. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenía aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. Despidiéronse de todos y yendo á Sancho se pusieron con él en camino hacia la Sierra Morena.

El Cura fué informando al Barbero el modo que había de tener, y las palabras que había de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que le diese lición, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos,

y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándoles Sancho Panza, el cual les fué contando lo del loco de la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo.

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar donde había dejado á su señor; y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habían dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quien ellos eran, ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no había de que temer.

Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenía para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos más podían los emperadores que los azobispos. También les dijo, que sería bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora, que ya sería ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo.

Parecióles bien lo que Sancho Panza decía, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban.

El calor y el día que allí llegaron era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacía el sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho como lo hicieron.

Mas como acertaran á ver por allí á cierto sujeto llamado Cardenio y una señora Dorotea después de saludarles cortésmente entablaron plática con ellos y les contaron con brevedad la causa que allí los había traído, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero que había ido á buscarle. Al cabo de rato oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza. Saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo como le había hallado, flaco, amarillo y muerto de hambre, y que puesto que le había dicho que la señora Dulcinea le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba determinado de no parecer ante ella hasta que hubiese hecho hazañas que le hiciesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corría peligro de no venir á ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podía ser: por eso, que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí. El Licenciado le respondió que no tuviese pena,

que ellos le sacarían de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenían pensado para remedio de Don Quijote, á lo menos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea que ella haría la doncella menestrosa mejor que el barbero, y más que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones á los andantes caballeros.

—Pues no es menester más, dijo el Cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mío, pues tan sin pensarlo, se nos ha facilitado la que habíamos menester.

Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera que una rica y gran señora parecía.

Á todos contentó en extremo su mucha gracia y donaire; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, y así preguntó al Cura con grande ahinco le dijese quién era aquella ilustre señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

—Esta señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, es la heredera, por línea recta de varón, del gran reino de Micomicón [1], de Etiopía, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un dón, el cual es que le deshaga un tuerto ó agravio que

1 Reino fantástico é imaginario, como fantásticos é imaginarios eran el de Sobradisa, Trapisonda y otros.

un mal gigante le tiene hecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.

—Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazón Sancho Panza, y más si mi amo es tan venturoso que deshaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo porque yo soy inútil para la Iglesia, pues yo soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tengo, mujer é hijos, sería nunca acabar; así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia y así no la llamo por su nombre.

—Llámase, respondió el Cura, la princesa Micomicona; porque, llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.

—No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mismo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos.

—Así debe de ser, dijo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que había de venir á ser emperador.

Ya en esto se había puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocía al Licenciado ni al Barbero; porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el Cura ni Cardenio (que conocía también á Don Quijote), quisieron ir con ellos, porque no era menester por entonces su presencia, y así los dejaron ir adelante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco.

No dejó de avisar el Cura lo que había de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto como lo pedían y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intricadas peñas; y así como Dorotea le vió y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafrén [1], siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote, y aun que él pug-

1 Pego un latigazo á su caballo.

naba por levantarla, ella sin levantarse le habló en esta guisa [1]:

—De aquí no me levantaré, oh valeroso y esforzado caballero, hasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un dón, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

—No os responderé palabra, gran señora, respondió Don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levantéis de tierra.

—No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el dón que pido.

—Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

—No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella; y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo:

—Bien puede vuestra merced, señor, concederle el dón que pide, que no es cosa de nada; sólo es matar á un gigantazo y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía.

—Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo

1 De esta manera.

haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo; y volviéndose á la doncella, dijo: La vuestra Majestad se levante, que yo le otorgo el dón que pedirme quisiere.

—Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino.

—Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote; y así podéis, señora, desde hoy más desechar la melancolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con la ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituída en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren, y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos: mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés Caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar, con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su Señor, el cual viéndose armado, dijo:

—Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer á esta gran señora. Estábase el Barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intención; y viendo que

ya el dón estaba concedido, y con la diligencia que [1] Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacía; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador, ó por lo menos rey de Micomicón. Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habían de ser todos negros; á lo cual halló luego en su imaginación un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿Qué se me dá á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún titulo ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? No sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender tres, seis ó diez mil vasallos en dácame esas pajas [2]: por Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he volver blancos ó amarillos [3]. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie.

1 Y la diligencia con que etc.

2 Lo mismo que en *quítame allá esas pajas;* esto es, en un momento. *En un santiamén, en un verbo, en un abrir y cerrar de ojos,* son modismos familiares que tienen igual significación. También suele decirse: *por un quítame allá esas pajas,* lo que equivale á por una cosa frívola; *dormirse en las pajas,* por descuidarse.

3 Cervantes alude sin duda en este pasaje al vergonzoso tráfico de algunos inhumanos que vendiendo á sus semejantes por

Todo esto miraban desde unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tijeras, que traía en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que el traía, y dióle un herreruelo [1] negro y él se quedó en calzas y en jubón [2], y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara.

Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se difrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la Sierra; y así como salió de ella Don Quijote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy despacio dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces:

—Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el

negros que fuesen los hacían volver *blancos ó amarillos*, es decir, los cambiaban por plata ú oro.

1 Capa algo larga con solo cuello sin capilla, muy parecida á lo que llamamos ahora *manteo*.

2 Las *calzas* eran una especie de calzón largo á manera de nuestros pantalones, las cuales cubrían el muslo y la pierna. *Jubón*, al que se llamó también con el nombre italiano *farseto*, era una vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñido y ajustado al cuerpo. Solía estar colchonado de algodón y acostumbraban vestirlo los soldados y caballeros para llevar encima con más comodidad la coraza, cota de malla ú otras armas, é impedir que estas hiciesen tanto daño al cuerpo.

mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes. Y diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que vía y oía decir y hacer aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, é hizo grande fuerza por apearse: mas el Cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decía:

—Déjeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie.

—Eso no consentiré yo en ningún modo, dijo el Cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores hazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una de estas mulas de estos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, [1] ó sobre cebra [2] ó

1 Monstruo de figura de caballo con alas, que la fábula dice nació de la sangre de Medusa cuando Perseo cortó la cabeza á aquella Gorgona. Este caballo fué el que, hallándose en el monte Helicón, hizo brotar de una coz la fuente llamada *Hipocrene* o *fuente del caballo.* Montado en él libertó Perseo á Andrómaca del monstruo que iba á devorarla. Belofonte venció con el mismo á la Quimera, y queriendo subir al Olimpo, fué despeñado por Júpiter. Trasladado el *Pegaso* al cielo fué convertido en la constelación que lleva su nombre.

2 La *cebra* es seguramente de todos los animales cuadrúpedos el más bien formado y el que tiene la piel más hermosa. Á la figura y gracia del caballo reune la ligereza del ciervo. Su piel rayada de listas negras y blancas dispuestas alternativamente están marcadas con mucha regularidad y simetria. En la hembra estas listas son altenativamente negras y blancas; en el ma-

alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto [1].

—Aun no sabía tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cristiano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo.

—Así es, respondió el Barbero, y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de Maese Nicolás ó en la cabeza, él diera á Barrabás la venida por Don Quijote.

Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas que se le cayeron; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrise el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habían derribado las muelas. Don

cho negras y amarillas; pero siempre de un matiz vivo y brillante sobre un pelo corto, cuyo lustre aumenta todavía la belleza y hermosura de los colores. BASTÚS.

1 *Compluto* es el nombre latino que, en la opinión común, corresponde á la actual *Alcalá de Henares*, la verdadera patria de Cervantes, entre los siete pueblos y ciudades que creían tener en él á un hijo tan ilustre.

Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caído, dijo:

—Vive Dios, que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta [1]. El Cura, que vió el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacía Maese Nicolás dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras que dijo que era cierto ensalmo [2] apropiado para pegar barbas, como lo verían; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al Cura que cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud á más que pegar barbas se debía de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á más que barbas aprovechaba.

—Así es, dijo el Cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasión. Concertáronse que por entonces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaría hasta dos leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la Princesa y el Cura; y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella:

1 Adrede, de propósito.

2 Los embusteros solían, en el ejercicio de sus profesiones, usar de preces, etc., y aun de versos de salmos. De aquí por corrupción se dijo *curar por ensalmo*, cuando la curación es en breve, con apariencias de milagrosa.

—Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere; y antes que ella respondiese, dijo el Licenciado:

—¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón? Que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí, y así dijo:

—Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

—Si así es, dijo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena. donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años, se podrá estar á vista de la gran laguna Meótides [1], que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mío, dijo ella, porque no há dos años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—No más, cesen mis alabanzas, dijo á esto Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mía, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta per-

1 Nombre antiguo del mar de Azof. Tomó este nombre del pueblo *Meota* que habitaba sus orillas.

der la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, tan á la ligera, que me pone espanto.

—Á eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y Maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mío, que há muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que los libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, al oso entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la

mano el Cura refiriéndola por ver lo que hacía ó decía Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente. Estos, pues, dijo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXIV

Que trata de la discreción de Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempos.

No hubo bien acabado el Cura, cuando Sancho dijo:

—Pesia! señor Licenciado, el que hizo esa hazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

—Majadero, dijo á esta sazón Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de Don Quijote, y

que todos hacían burla de él, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo:

—Señor caballero, miémbresele [1] á vuestra merced el dón que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera, que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.

—Cierto es, dijo el Cura, y aun me hubiera quitado un bigote.

—Yo callaré, señora mía, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el dón prometido; pero en pago de este buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfactoria y entera venganza.

—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias.

—No enfadará, señora mía, respondió Don Quijote; á lo que respondió Dorotea:

—Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella,

1 Verbo derivado del latino *memorari*; equivale á *acuerdese V. del don que me tiene prometido.*

después de haberse puesto bien en la silla, y preveníndose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir de esta manera:

—Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo:

—No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

—Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, había de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él también había de pasar de esta vida, y yo había de quedar huérfana de padre y madre. Pero decía él, que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusión saber por causa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en

su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese vizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo había de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendía, jamás pensaba que me vendría á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad; porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo también mi padre, que después que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destrucción de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Jigote.

—Don Quijote diría, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

—Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo más, que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo ó por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á

manera de cerdas. En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero:

—Ven aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

—¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.

—Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.

—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas; que luego me dió el alma que era el mismo que venía á buscar.

—¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, preguntó Don Quijote, sino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese tomó el Cura la mano y dijo:

—Debe de querer decir la señora princesa, que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

—Eso quise decir, dijo Dorotea.

—Y esto lleva camino, dijo el Cura; y prosiga vuestra majestad adelante.

—No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el dón de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre. El cual también dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote, ¿no oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

—No hay duda, dijo Sancho; y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibía por su reina y señora. ¿Quién no había de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea, se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo de-

jase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos.

—Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, sólo resta por deciros que de cuánta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino sólo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

—Esa no me quitarán á mí, ó alta y valerosa señora, dijo Don Quijote, cuántos yo pasaré en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el dón que os he prometido, y he de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos de esta, no quiero decir buena espada; y después de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix [1]. Parecióle tan mal á Sancho lo

1 Esta ave de que tanto se ha hablado es fabulosa. Herodoto es el primer autor que hizo mención de ella, bien que ya añade que no la vió sino pintada. Los egipcios dispuestos á tributar los honores divinos á toda especie de animales, no tardarían en divinizar una ave de la que se contaban cosas tan extraordinarias.

que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo:

—Voto vá, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio: pues cómo, ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más gentil mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante. Así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo [1], cásese, cásese luego, y tome ese reino que se le viene á las manos de bobis bobis [2], y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y no digo más.

Don Quijote, que tales cosas oyó decir no lo pudo sufrir, y alzando el lanzón, sin hablarle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tiera; y si no fuera porque Dorotea le dió á voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

—¿Pensáis, le dijo al cabo de rato, villano ruín, que ha de haber lugar siempre para que me llegues á las telas del corazón, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco; y ¡cómo sois des-

Decían que cuando veía próximo su fin, es decir, despues de haber vivido 500 ó 600 años, formaba una especie de nido ó pira de maderas resinosas y pegando fuego en ella se consumía dentro; añadiendo que de su tuétano ó ceniza salía un gusano que se transformaba á poco en otro *Fenix*. BASTÚS.

1 *Cotufa*, lo mismo que Chufa, especie de raícilla tuberosa y azucarada. Es claro que pedirlas en alta mar es pedir cosas imposibles.

2 De valde, sin trabajo alguno.

agradecido, que os véis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

—Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua.

—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo más.

—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrarlo.

—No haya más, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedidle perdón, y de aquí adelante andad más atento en vuestras palabras, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y después que se la hubo besado, le echó la bendición.

Miéntras esto pasaba, vieron venir por el camino dónde ellos iban á un hombre, caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era jitano; pero Sancho Panza, que do quiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del jitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Rucio sobre que Pasamonte venía; el cual por no ser conocido, y por vender el asno, se había puesto en traje de jitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas.

Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo:

—¡Ah ladrón Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te ensanches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo; huye, auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo! No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su Rucio, y abrazándole le dijo: ¿Cómo has estado, bien mío, Rucio de mis ojos, compañero mío? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabién del hallazgo del Rucio especialmente Don Quijote; el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el Cura á Dorotea, que había andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad de él, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leerlos; pero que no sabía ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que así había dicho á tiento que se había desembarcado en Osuna.

—Yo lo entendí así, dijo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

—Sí es, dijo Cardenio; y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

—Pues otra cosa hay en ello, dijo el Cura, que fuera

de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellos iban en esta conversación, prosisiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho:

—Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar [1] en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo y cuándo, hallastes á Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

—Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos horas de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer, cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volverías desde el lugar donde le echaras menos.

—Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristán, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que

1 Frase proverbial, propia de los que se reconcilian y ofrecen olvidar los motivos anteriores de resentimiento, desapareciendo estos así como desaparecerían los pelos que se arrojasen al mar.

dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas no había visto ni leído tan linda carta como aquella.

—¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.

—No, señor, respondió Sancho, porque después que la dije, como ví que no había de ser de más provecho, dí en olvidarla: si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura.*

CAPÍTULO XXV

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

—Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste: y ¿qué hacía aquella reina? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de canutillo [1] para este su cautivo caballero.

—No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?

—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena porción de trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.»

—¡Discreta señora! dijo Don Quijote, eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? ¿Y tú que le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

1 Oro hilado.

—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia metido entre sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, y sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote, porque antes la bendigo y bendiciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí más de un coto.

—Y bien, prosiguió Don Quijote: hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviarlo al molino; ¿qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos: y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra. Y finalmente me dijo, que dijese á vuestra merced que le besaba las manos: y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura: preguntéle si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien; también le pregunté por los galeotes; mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

—Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debía de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, cuando de ella me despedí, y aun por más señas, era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua [1]; yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de que, estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y viniste por los aires, pues poco más de dos días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta lenguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante [2] que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo (porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante), digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio de estos que coge á un caballero andante durmien-

1 Esto es: nunca es tarde para recibir albricias ó regalos.

2 *Nigromante* de *nigromancia* palabra compuesta de dos griegas que equivalen á muerte y adivinación: es decir, adivinación por medio de la evocación de los muertos: es lo que se llamó después *magia negra ó diabólica*.

do en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció; y si no fuese por esto no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso; que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago, ó con algún fiero vestiglo [1], ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte; y cuando no os me cato, asoma por acullá encima de una nube ó sobre un carro de fuego otro caballero andante amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría de estos sabios encantadores que tienen cuidado de estos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses.

—Así sería, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de jitano con azogue en los oídos.

—Y cómo si llevaba azogue, dijo Don Quijote, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me

1 Especie de serpiente monstruosa y á veces alada por medio de la cual se suponía que los caballeros eran llevados en algunos rances apurados de un país á otro con la velocidad del rayo.

manda que la vaya á ver? Que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del dón que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al puntó daré la vuelta á ver mi señora.

—¡Ay! dijo Sancho. ¡Y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásase luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que más vale pájaro en mano, que buitre volando [1], porque quien

1 Más vale lo poco seguro que lo mucho incierto, y asi quien deja lo cierto por lo dudoso no debe quejarse por su desgracia, que es lo que a continuación quiere decir Sancho con el refrán *quien bien tiene etc.* que la Academia adopta en su Diccionario en estos términos: *Quien bien tiene y mal escoge, del mal que le venga no se enoje.*

bien tiene y mal escoge, por bien que le enoja no se venga.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando el gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala [1] antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor de ella, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á tí?

—Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer de ellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

—Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la Princesa que á ver á Dulcinea; y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra.

En esto les dió voces Maese Nicolás, que esperasen un poco, que querían detenerse á comer en una fuentecilla que allí estaba.

1 Es decir haré una especulación ó me manejaré de modo que etc. Antiguamente se decía *adahala* y ahora *adehala*.

Detúvose Don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temía no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.

Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo:

—¡Ay señor mío! ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo:

—Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego llevado de mi obligación hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de

una yegua un villano, que después supe que era amo suyo: y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba por que era su criado, y que ciertos descuidos que tenía, nacían más de ladrón que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas: en resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuánto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, dí lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés? replicó Don Quijote, ¿luego no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el

mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo, dijo don Quijote, en irme yo de allí; que no me había de ir hasta dejarte pagado, porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardarla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir á buscarle, y que le había de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

—Así es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada.

—Ahora verás si aprovecha, dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comían.

Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer quería.

Él respondió, que quería ir á buscar al villano y castigarle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo.

Á lo que ella respondió, que advirtiese que no podía conforme al dón prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabía él

mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

—Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

—Más quisiera, dijo Andrés, tener ahora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo:

—Toma, hermano Andrés, ¡que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés.

—Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque me vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuántos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar Don Quijote para

castigarle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguirlo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acabarle de correr del todo.

CAPITULO XXVI

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

Acabóse la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aun que él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir.

La ventera, ventero, su hija y la asturiana, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y pausa, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes.

Don Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable, en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dijo:

—Para mí, que no se ha aun de aprovechar más de mi barba, y que me ha de volver mi cola.

No se la quería dar el Barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el Licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria; sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se había venido á aquella venta hu-

yendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le había enviado adelante á dar aviso á los de su reino, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos.

Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de Don Quijote.

Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida.

Y á todo esto dormía Don Quijote, y fueron de parecer de no despertarle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida de la extraña locura de Don Quijote y del modo que le habían hallado.

La huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron.

Y como el Cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote había leído, le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor lectura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres de ellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos de él más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos

de mí sé decir que cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto y que querría estar oyéndolos noches y días.

—Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado que no os acordáis de reñir por entonces.

—Ahora bien, dijo el Cura, traedme, señor huésped, aquellos libros, que los quiero ver.

—Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó de él una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Félixmarte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba con la vida de Diego García de Paredes*. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero y dijo:

Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen, respondió el Barbero, que también sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No más, dijo el Cura, que estos dos, el de *Don Cirongilio* y el de *Félixmarte*.

—¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?

—Cismáticos queréis decir, amigo, dijo el Barbero que no flemáticos.

—Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere

quemar, sea ese del Gran Capitán y de ese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de esotros.

—Hermano mío, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y de él solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y puesto con un montante en la entrada de un puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él de sí mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

—¡Tomaos con mi padre! dijo el dicho ventero: ¡mirad de que se espanta! de detener una rueda de molino. Ahora había vuestra merced de leer lo que hizo Félixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército donde iban más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos, como si fueran manadas de ovejas. ¿Pues qué me dirán del bue-

no de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde da cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente qne la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose trás sí al caballero que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oir? Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer: dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice.

Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio:

—Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

—Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos [1].

—Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vues-

1 Frase con que se da á entender la grande reputacion en que eran tenidos los Religiosos.

tros segadores: porque realmente os repito que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla [1], porque no soy nada blanco [2]. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consienten imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadora ninguna de estos libros. Y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos, pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo; y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad

1 Como á un niño inocente que se lo cree todo.
2 No soy un tonto ó un loco.

vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped Don Quijote.

—Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

CAPÍTULO XXVII

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto.

No hacía mucho que habían terminado esta plática, cuando del camaranchón donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado diciendo á voces:

—Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto; que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercén á cercén, como si fuera un nabo.

—¿Qué dices, hermano? dijo el Cura. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía á voces:

—Tente, ladrón malandrín, follón [1], que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra [2]. Y parecía que da-

1 *Malandrín* derivado del italiano *malandrino* tiene la misma fuerza que ladrón, salteador de caminos. *Follón* es insensato, vano, hinchado á manera de *fuelle*. *Follón* no es lo mismo que *felón*, pues esta voz significa *perfido* y de ella se deriva *felonia*, que equivale á *traición*, *perfidia*, palabra distinta de *follonia* que derivada de *follon* se usa en la acepción de *vanidad*, *arrogancia*.

2 Covarrubias, en su Tesoro de la lengua castellana, dice que *cimitarra* es lo mismo que *alfange*, arma propia y que suelen tener los Turcos. Tiene la figura de hoz con el corte ó filo hacia dentro. BASTÚS.

ba grandes cuchilladas por las paredes, y dijo Sancho:

—No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote ó don loco no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa; tenía en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué; y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa en la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero tomó tanto enojo que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos

golpes, que si Cardenio y el Cura no lo quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero trajo un gran caldero de agua fría del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo;

—Ya yo sé que todo lo de esta casa es encatamiento. que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, gran bodoque! dijo el ventero; ¿no ves, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento?

—No sé nada, respondió Sancho, sólo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor: y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros.

Tenía el Cura de las manos á Don Quijote, el cual creyendo que ya había acabado la aventura y que se

hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura diciendo:

—Bien puede la vuestra grandeza alta señora, vivir de hoy más segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también de hoy más soy quito [1] de la palabra que os dí, pues con la ayuda del alto Dios tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros [2], mi condado está de molde.

—¿Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero; pero en fin tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de gandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decía en voz y en grito:

—En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca;

1 Me hallo libre, estoy desquitado de la promesa que hice, etc.

2 Frase usual para asegurar la certidumbre de alguna noticia.

y ahora por su respeto vino estotro señor, y me lleva mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino; pues no se piense, que si no me la han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy.

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábale su buena criada la asturiana. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando [1] que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que llegaba á la cintura; y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien, y sucedería á pedir de boca [2].

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los huéspedes había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible.

1 Siempre que, ó luego que.

2 Frase familiar que significa lo mismo, *que á medida de lo que se pide, según los deseos que se manifiestan con palabras.*

Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo [1], porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador [2]. Cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más viendo que dejando de comer Don Quijote, movido del otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros comenzó á decir:

—Verdaderamente si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cual de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos

1 Comedor de familia en las casas grandes y opulentas, donde la abundancia de criados y dependientes obliga á que coman y cenen en comunidad.

2 Antiguamente las palabras *aguardador* y *guardador* significaban lo mismo: hoy con la primera indicamos el que aguarda ó espera, y con la segunda al que guarda o custodia.

más se atienen, es que los trabajos del espíritu esceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero, que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero trabaja más: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ningún otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden; fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pue-

den desear en esta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, de buena voluntad;* y la salutación que el mejor Maestro de la tierra y el cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa*; y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros*; bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviese por loco; antes le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de su malaventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto: pero con todo eso no es tanta, que no coma aunque sea un poco

más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa*, y no les falta algún ajeno brasero ó chimenea, que si no calienta, á lo menos entibie su frío, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis [1], como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada, su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

1 El nombre *sirtes* era común á dos grandes bancos de arena y á los dos golfos en que están situados en las costas de África en el mar Mediterráneo, el uno llamado por los antiguos *Syrtis major*, golfo de Sidra entre Leptis y Cirene, el otro *Syrtis minor*, golfo de Gabes entre los promontorios Aspis y el de Cartago. Como estos bancos cambian de lugar y no siempre tenían igual profundidad, eran tenidos como unos escollos muy peligrosos y muchas naves naufragaban en ellos, por cuya razón se dió el nombre de *sirtes* á todos los puntos de navegación peligrosa.

BASTÚS

CAPÍTULO XXVIII

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.

Prosiguiendo Don Quijote, dijo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare [1] por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado [2] le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas [3]. Llé-

1 Voz de *germania*, que significa, robar, andar al pillaje.

2 El coleto era una especie de jubón de ante con mangas y una cosa como faldas. En tiempo de Cervantes era múy común en España y aun en el día no está desterrado del todo de algunas provincias. La gente de guerra solía llevar el *coleto* debajo de la armadura para que esta se ajustara con más comodidad. *Coleto acuchillado* debe entenderse aquí lo mismo que roto. Bastús.

3 Bella perífrasis para decir que el soldado no tiene la dicha de poder descansar en mullida ó aun dura cama, no teniendo otra que la dura tierra.

guese pues á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo [1] ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y bueno, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Porque decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo [2]. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas [3], todos tienen en que entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio.

Pero á esto se puede responder, que es más fácil premiar á dos mil letrados que á treinta soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesión, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la

1 Como sucedió á nuestro inmortal Cervantes en la batalla de Lepanto.

2 Quiere decir que no llegan á mil.

3 Esto es, de un modo ú otro.

preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas. porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante. en tanto mayor grado, que no tienen comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algún rebellín ó caballero [1], siente que

1 Estar de posta era lo mismo que estar de guardia ó centinela en el lenguaje antiguo y algunas veces se daba el nombre de *posta* al mismo centinela. El *rebellín*, obra de la fortificación exterior de una plaza que cubre y defiende la cortina. El *caba-*

los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia á su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno [1], y con todo esto, con trémulo corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería [2], y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede,

llero que á veces se llama también *macho*, pertenece á la obra interior de una fortaleza y sobre cuyo terraplén se eleva y domina. BASTÚS.

1 Lo mismo que los profundos senos del mar, porque según la fábula Neptuno, dios de las aguas, habitaba en lo profundo del mar en un palacio de cristal.

2 Lo mismo que fusilería, porque entonces se usaban los arcabuces en lugar de los fusiles que todavía no se habían inventado.

sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trámites de la guerra.

¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería[1]! á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero: que, sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, voy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por

1 Todos los instrumentos ó máquinas para disparar ó arrojar se llamaban antiguamente *ingenios* y *artillería*, por necesitarse de cierto conocimiento. *arte ó ingenio* para fabricarlas y manejarlas. Unos atribuyen la invención de la artillería á un fraile alemán, célebre alquimista, llamado Bartoldo ó Bartolomé Schowarts por los años 1434. Otros creen que los Venecianos ya hicieron uso de la pólvora y piezas de artillería en 1366 en el ataque de Claudia-fossa, mientras que los hay que suponen que los ingleses se sirvieron de ellas en la batalla de Creci dada en 1346. Sin embargo de cuanto dicen los extranjeros, en España se conoció el uso de la pólvora y de la artillería antes que en ninguna otra nación, merced á la ilustración de los árabes. BASTÚS.

el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos [1].

Todo este largo discurso dijo Don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase, que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su négra y pizmienta [2] caballería. El Cura le dijo, que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y la ventera, su hija y la asturiana aderezaron el camaranchón de Don Quijote de la Mancha; pero, en vez de recogerse y reposar, quiso él hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante ú otro mal andante follón no fuesen sus huéspedes acometidos.

Había ya aclarado el día siguiente cuando se oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa

1 Este razonamiento es uno de los más bellos trozos literarios de esta obra; son en él de admirar la facilidad y gracia de las locuciones, la elegancia y energía del estilo, la novedad de los giros, la armonía encantadora de los periodos y la soltura y felicidad de los modismos.

2 Infausta ó fatal.

de ellas que dos huéspedes, que aquella noche habían intentado irse sin pagar lo que debían; mas el ventero, que atendía á su negocio, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños, y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro.

La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo:

«Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera [1]. Á lo cual respondió Don Quijote muy despacio y con mucha flema:

—Ilustre doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entretenerme en otra aventura, en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré. Corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningún modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré de ella.

—¡Pecadora de mí! dijo á esto la asturiana, que estaba delante; primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.

—Dadme, vos, señora, que yo alcance esa licencia

1 Del latino *cibus* y significa propiamente las granzas ó restos gruesos que quedan después de molidos los granos qne se destinan á alimento. También significa el trigo que pasa de la tolva á la rueda del molino para convertirse en harina.

que digo, respondió Don Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis más que medianamente satisfechas: y sin decir más se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole, con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en grave mengua.

La princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su darga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, donde aun todavía traían los dos huéspedes de maltraer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo aunque la asturiana y la ventera le decían que en qué se detenía, que socorriese á su señor y marido.

—Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza.

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de la asturiana, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pusiéronse por fin en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasión y buenas razones de D. Quijote, más que por amenazas, le pagaron todo lo que él quiso; mas el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entrase en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho

Panza los aparejos del asno que trocó con los del suyo; el cual barbero llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo:

—¡Ah, don ladrón, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robasteis! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decían, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mojicón al barbero, que le bañó los dientes en sangre. Pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en la albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia y decía:

—Aquí del rey y de la justicia [1], que sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladrón salteador de caminos.

—Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos. Ya estaba Don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la Orden de caballería.

Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino á decir:

—Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo á Dios, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le vi-

1 Socorro, ayuda, favor en nombre del rey y de la justicia.

niere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay más, que el mismo día que ella se me quitó, me quitaron también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo.

Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, porque la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo:

— Vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor de él con legítima y lícita posesión; en lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo de este vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí y él los tomó. Y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razón, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería; para confirmación de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que ese buen hombre dice ser bacía.

—Pardiez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda.

— Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas de este castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la trajo; y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes ¡con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía y no el yelmo que yo he dicho! Y por la Orden de caballería que

profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

— En eso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XXIX

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

—¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentileshombres, pues aun porfían que esta no es bacía, sino yelmo?

—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

Nuestro Barbero que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:

—Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más há de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni más ni menos fuí un tiempo, en mi mocedad, soldado, y sé también que es yelmo, y que es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo, á los géneros de armas de los soldados. Y digo, salvo mejor parecer, y remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira. También digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es, dijo el Cura, que ya había entendido la intención de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmaron Cardenio y los demás.

—¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado. Que, ¿es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiración á toda una universidad, por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—Á mí albarda me parece, dijo Don Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda ó jaez, dijo el Cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos, dijo Don Quijote, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento: así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes. Quizá por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los enten-

dimientos libres, y podrán juzgar de las cosas de este castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen.

—No hay duda, respondió á esto uno de los pasajeros, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definición de este caso: y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenían del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero á los que la ignoraban, les parecía el mayor disparate del mundo. Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante sus ojos, se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver como andaba el susodicho pasajero tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído, para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocían, dijo en alta voz:

—El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo y aun de caballo castizo; y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

—No la tenga yo aquí, dijo el pobre barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, que esta es al-

barda, y no jaez; pero allá vayan leyes... y no digo más; y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado.

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero, que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazón dijo:

—Aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga [1]. Uno de los criados de cierto viajero dijo:

—Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero y esta albarda de asno.

—Bien podría ser de borrica, dijo el Cura.

—Tanto monta [2], dijo el criado, que el caso no consiste en eso sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto un cuadrillero que con otros había entrado y que había oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado, dijo:

—Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva [3].

1 Proverbio que denota la disposición á conformarse con los decretos de la Providencia sea cual fuere el éxito de nuestras pretensiones y deseos.

2 Importa.

3 Debe de estar muy borracho.

—Mentís como bellaco villano, respondió Don Quijote, y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, le dejara allí tendido. El lanzón se hizo pedazos en el suelo, los demás cuadrilleros que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros. El barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero, otro tenía debajo de sus pies á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad; de modo que toda la venta era llanto, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre; y en la mitad de este caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veía metido de hoz y de coz [1] en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta:

—Ténganse todos, todos envainen; todos se sosieguen: óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encan-

1 Esto es, empeñado de un modo que no era fácil desembarazarse. Enteramente y sin pensarlo: trae origen, dice Covarrubias, del modo de segar, que, echada la *hoz* a la mies, la quebrantan con la *quoz* que la dan con el pie. ARRIETA.

tado, y que alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos; pero en verdad que es gran bellaquería que tanta gente principal, como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendían el frasis [1] de Don Quijote, no querían sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y la albarda. Sancho á la más mínima voz de su amo, obedeció como buen criado: sólo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de Don Quijote.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habían de llevar lo peor de la batalla; pero á uno de ellos, que fué no poco molido y pateado, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes, traía uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho, con mucha razón, había temido. Imaginado, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quijote traía venían bien, y sa-

1 Es decir, la frase, que es como ahora se dice.

cando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndose á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quijote y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba [1], y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decía:

—Favor á la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió cómo era verdad cuanto el cuadrillero decía y cómo convenía con las señas de Don Quijote, el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió luego á darle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz cuyo tenor le llevaron luego la asturiana y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba:

—De Dios nos venga el remedio, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos de este castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él.

1 *Rezaba* lo mismo que *expresaba* en el lenguaje familiar, en el que el verbo *rezar* tiene otras significaciones diferentes de la de *recitar preces u oraciones.*

No por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor, para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de carreteras. Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿salteador de caminos llamáis al dar la libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar á los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero, los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus pragmáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones, como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho [1],

1 Con el nombre de *pecho* se entiende en general toda clase de tributos, y de aquí se llamó *pechar* al pagar contribuciones y *pecheros* á los que las pagan. Bastús.

alcabala [1], chapín de la reina [2], moneda forera [3], portazgo [4], ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante [5]?

1 La *alcabala* es una contribucion conocida ya entre los romanos. En el año 1342 el rey D. Alfonso XI pidio al reino un subsidio para la guerra que hacía el rey moro de Algeciras, y para indicar á sus vasallos que tenía necesidad de un socorro grande, les dijo *dadme al que vala*. De esta expresión, que en castellano del día eqivale á dadme algo que valga la pena ó bastante, tomó el nombre de *alcabala* el tributo concedido para el fin insinuado, que en un principio consistió en un 20 y después en un 10 por 100 de cuanto se vendía. Bastús.

2 El *chapin* de la reina era otra especie de contribución ó servicio que antiguamente se pagaba en ocasión del casamiento de los reyes. Id.

3 La *moneda forera* era una contribución que de muy antiguo solía pagarse á los reyes de siete en siete años en reconocimiento de su señorio.

4 Llamábase *portazgo* lo que se pagaba con motivo del tránsito que permitían por sus tierras.

5 Fanfarronada propia de D. Quijote, flor y nata de la andante caballería.

CAPÍTULO XXX

De la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote y del extraño modo con que fué encantado.

En tanto que Don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no le tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas.

—Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de juicio de Don Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros de ella de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo saitisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba álo del yelmo de Mambrino, el Cura, á socapa y sin que Don Quijote lo entendiese,

le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amén.

El ventero, à quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura había hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote asegurando que no saldría de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura; y recibió el ventero lo que se le debía, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante [1], como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano [2], de todo lo cual fué común opinión que se debían dar las gracias á la buena intención y mucha elocuencia del señor Cura y á la incomparable liberalidad de sus compañeros.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinación, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecerla, se puso en pie y le dijó:

—Es común proverbio, señora, que la diligencia es

1 Ariosto describe con mucha detención la discordia del campo de Agramante, y las diligencias que hizo aquel rey valiéndose de su autoridad y de los consejos del rey Sobrino para apaciguar aquel desorden.

2 La *paz Octaviana* es la paz universal que habia cuando nació N. S. Jesucristo el año 45, ó según la opinión más comun 42, del reinado del emperador Cayo Octavio que después se llamó Augusto, y de esta paz vino la voz proverbial de *paz Octaviana* con que se expresa una paz solemne y universal. Bastús.

madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, á donde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algún día; porque ¿quién sabe si, por ocultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruirle, y dándole lugar, le tendrá de fortificarse en algún inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias, y la fuerza de mi incansable brazo! Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura; que no está más de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la infanta, la cual, con ademán señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió de esta manera:

—Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente el favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra. Disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauración de

sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que vuestra prudencia ordenare.

—Á la mano de Dios [1], dijo Don Quijote; pues así es que una señora se me humilla [2], no quiero yo perder la ocasión de levantarla y ponerla en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino, lo que suele decirse que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafrén de la Reina, y despidámonos del castellano y de estos señores, y vamos de aquí luego al punto.

Sancho, que á todo esto estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra:

—Ay, señor, señor, y cómo hay más mal en el de aldegüela que se suena, con perdón sea dicho de las tocas honradas.

—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mío, villano?

—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor.

—Di lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

1 Frase ó fórmula proverbial de quien se resuelve á hacer alguna cosa sobre que ha precedido deliberación: significa que el que habla se entrega al favor y dirección de la Providencia en lo que va á hacer.

2 Este giro es enteramente francés. En buen castellano decimos, así es como...

—No es eso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre. Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir á cojer el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos.

¡Oh, válame Dios, y cuán grande fué el enojo que recibió Don Quijote oyendo las palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

—¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la de estas ínclitas señoras, y tales atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? Véte de mi presencia monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, armario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas; véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira. Y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas, á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido

tenía ya el humor de Don Quijote, dijo para templarle la ira:

—No os despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie. Y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él ahora piensa.

—Vuestra grandeza ha dado en el punto, dijo Don Quijote y alguna mala visión se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia de este desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.

—Así es y así será, dijo uno de los pasajeros; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonarle y reducirle al gremio de su gracia antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, él se la dió, y después de habérsela dejado besar le echó la bendición, diciendo:

—Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que ya otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas de este castillo son hechas por vía de encantamento.

—Así lo creo yo, dijo Sancho, escepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.

—No lo creas, respondió Don Quijote, que si así fuera, yo te vengara entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude, ni ví en quién tomar venganza de tu agravio.

Desearon saber algunos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba.

Dos días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea con Don Quijote á su aldea con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego los huéspedes, y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del Cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio, se entraron á donde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Lle-

gáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto como había pensado que sucedería el Cura, trazador de esta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que, trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Luego sacaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XXXI

Del estraño modo con que fué conducido encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Cuando Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo:

—Muchas y muy graves historias he yo leído de Calleros andantes, pero jamás he leído ni visto, ni oído que á los caballeros encantados los lleven de esta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algún carro de fuego, ó ya sobre algún hipógrifo, ú otra bestia semejante, pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, á fe que me pone en confusión; pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos: y también podría ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece de esto, Sancho hijo?

—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaría afirmar y jurar que

estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas [1].

—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote. ¿Cómo han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten más de en la apariencia.

—Por Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado: y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua. Decía esto Sancho por cierto señor que debía de oler á lo que Sancho decía.

—No te maravilles de eso, Sancho amigo, respondió Don Quijote; porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada; porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razón es que como ellos, donde quiera, que están, traen el infierno consigo y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio.

Todos estos coloquios, pasaron entre amo y criado; y temiendo Cardenio que Sancho no viniese á caer del to-

1 Alusión á la perfección y pureza de nuestra santa fe católica.

do en la cuenta de su invención, á quien andaba ya muy en los alcances, determinó de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenó que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza: ya en esto el Cura se había concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro, á los dos cuadrilleros con sus ballestas. Pero antes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y la asturiana á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quijote dijo:

—No lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos; á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir á los buenos. Pero con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia [1] que supo su primer inventor Zoroastes [2], saldrá

1 Arte fabuloso y ridículo de conocer las cosas ocultas dentro de la tierra, y colocadas en lugares y sitios tenebrosos como minas, metales, etc. La palabra *nigromancia* es compuesta de dos voces griegas, muerto y adivinación, es decir, adivinación por medio de la evocación de los muertos.

2 Zoroastes ó Zoroasto se cree que fué un filosofo célebre que

vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, ilustres damas, si algún desaguisado por descuido mío os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamás le hice á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algún mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habéis fecho, para gratificarlas, servirlas y recompensarlas como ellas merecen.

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el Cura y el Barbero se despidieron de sus camaradas, y todas aquellas contentas señoras, especialmente Dorotea.

Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos. El Cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos.

Subió el Cura á caballo, y también su amigo el Barbero, ambos con sus antifaces porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro. Y el orden que llevaban era este: iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus ballestas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; detrás de todos iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho con grave y reposado continente, no

vivía en tiempo de Nino, rey de Asiria, unos cuatrocientos años antes de la guerra troyana. Los orientales modernos han escrito su vida con minuciosa detención, ignorándose de donde tomarían los materiales, pues los antiguos tenían muy pocas noticias de este personaje. BASTÚS.

caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero que caminasen un poco más, porque él sabía que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, había un valle de más yerba, y mucho mejor que aquel donde parar querían.

Tomóse el parecer del Barbero; y así tornaron á proseguir su camino.

En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á sus espaldas venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que en resolución era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y más á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar á aquel hombre de aquella manera; aunque ya se había dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debía de ser algún facineroso salteador, ú otro delicuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad.

Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así:

—Señor, lo que significa ir este caballero de esta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.

Oyó Don Quijote la plática, y dijo:

—¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para que me canse en decirlas; y á este tiempo habían ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en plática con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El Canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió:

—En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando [1]; así que si no está más que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiereis.

—Á la mano de Dios, replicó Don Quijote. Pues así es, quiero, señor caballero, que sepáis que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, á despecho y pesar de la misma envidia y de

1 Gaspar Cardillo de Villalpando, teologo que se distinguió en el concilio de Trento por su saber y elocuencia, fué natural de Segovia. Publicó en Alcalá el año 1557 la *Suma de las Súmulas*, dedicada á la universidad, la cual dispuso que éste fuese el libro por donde se estudiase la dialéctica en sus escuelas.

cuantos Magos crió Persia [1], Bracmanes la India [2], Ginosofistas la Etiopía [3], ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.

—Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazón el Cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala

1 El primitivo nombre de *magos* se dió en Oriente á unos hombres estudiosos y sabios que se ocupaban en observar la naturaleza y en adquirir muchos conocimientos en todas las ciencias físicas y morales; los cuales como preveían y pronosticaban algunos sucesos futuros, y conocían las virtudes de las plantas y de los minerales, solían por consiguiente remediar muchos males, ya físicos, ya morales; de ahí adquirieron la grande autoridad en que eran tenidos, y la veneración que gozaban principalmente entre el pueblo. Muchos de estos magos eran grandes señores, como los que fueron á adorar á Nuestro Señor Jesucristo, á quienes se consultaba en todos os casos arduos, y cuyas respuestas se recibían como oráculos Los magos adoraban al fuego y entre sus desvaríos decían que as almas habían de pasar por siete puertas antes de llegar al sol, morada, que creían ellos de las almas dichosas. BASTÚS.

2 *Bracmanes* eran unos filósofos de la India. Los que aspiraban á ser admitidos entre ellos, debían, como los discípulos de Pitágoras, guardar un profundo silencio, mientras se les instruía, no siéndoles absolutamente permitido ni aun el toser, escupir ni estornudar. Por espacio de 37 años su vida era un interrumpido màrtirio; las yerbas y las raíces su único alimento. Se sostenían horas enteras sobre un pie con los brazos levantados, y observando si veían sobre la punta de la nariz una pequeña llama azul, que decían ser una señal de predilección.

3 Los *Gimnosofistas* eran unos filósofos indianos que vivían muy retirados para entregarse enteramente á la contemplación de la naturaleza. Á más de los Gimnosofistas de la India los había en África sobre una montaña de Etiopía muy cerca del Nilo. Estos eran rivales de los primeros.

intención de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, el Caballero de la *Triste Figura*, si ya lo oisteis nombrar en algún tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en oscurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podía saber lo que le había acontecido, y en la misma admiración cayeron todos los que con él venían. En esto, Sancho Panza, que se había acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo:

—Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre. El tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? Pues yo he oído decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: ¡Ah, señor Cura, señor Cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino á dónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni á donde hay escasez hay liberalidad. ¡Mal haya el diablo! que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la

infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos; pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la *Triste Figura,* como de la grandeza de mis servicios. Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que un molino, y que los que ayer estaban en pinganitos [1], hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa [2], pues cuando podían y debían esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey [3] de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—Adobadme esos candiles [4], dijo á este punto el

1 Nombre plural que sólo se usa en la frase *estar ó hallarse en pinganitos,* que equivale á *estar en elevación ó en alta fortuna,* sin que se pueda señalar el origen de la expresión ó de la voz. Alguna otra palabra hay en castellano, que, á la manera de *pinganitos,* nunca se emplea sola ni fuera de una cierta y determinada combinación. Así sucede con la voz *ampo,* que nunca se usa sino para decir *el ampo de la nieve.*

2 Frase elíptica anticuada, aunque hermosa y digna de rehabilitarse: es como si se dijera *pésame á causa de mis hijos y de mi mujer.* En los antiguos romances del conde Alarcos y del conde Claros se halla el origen del nombre *pésame* que significa la manifestación de la parte que se toma en el sentimiento ajeno, y se opone al *pláceme,* que significa la parte que se toma en el placer ajeno, y es lo mismo que congratulación ó enhorabuena.

3 Anticuado por *virrey.*

4 Lo mismo que decir *atájame esos pavos* ú otra expresión semejante, que indica que lo que se acaba de decir es un disparate.

Barbero; ¿también vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Cuidado! que voy viendo que le habéis de hacer compañía en la jaula, y que habéis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empeñasteis con sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis.

—Yo, respondió Sancho, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada á nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo, porque todos nos conocemos y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí, porque es peor menearlo.

No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor había el Cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diría el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto.

Hízolo así el Canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algún medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse

de nuevo los criados y el Canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir dijo:

—Verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y según á mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias [1], que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenas de tantos y tan desaforados disparates, que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imagina-

1 Dióseles este nombre porque se inventaron ó por lo menos eran comunes en Mileto, ciudad griega en la costa de Jonia, famosa por la suavidad de su clima, por la molicie de sus habitantes y por su inclinación á diversiones frívolas. De esta propensión á la futilidad hubieron de nacer los cuentos ó *fábulas milesias*, propias únicamente para desperdiciar el tiempo ó entretener la infancia, como lo eran, según el juicio y censura del Canónigo, los libros caballerescos. Á las fábulas *milesias* opone el Canónigo las que llama *apólogas*, que según la opinión común, nacieron en Frigia, provincia también del Asia Menor. Á este género pertenecen las fábulas de Esopo entre los griegos, de Fedro y Avieno entre los latinos y de Samaniego y Lafontaine entre los modernos. BRADFORD.

ción le pone delante; y toda cosa que tiene en sí la fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique [1]? ¿Y qué cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes? Como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por solo el valor de su fuerte brazo. ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias [2], ó en otras que ni las descubrió Tolomeo [3], ni las vió

1 Pasta de almendra dulce y azúcar.

2 El Preste Juan de las Indias es un personaje proverbial, que anda en boca de todos y nadie sabe á punto fijo quien fué, ni donde fué, ni cuando fué. En la Edad Media se creía que era un príncipe cristiano que reinaba en la parte oriental de Tartaria, en los confines del Catay. Después se creyó generalmente por algún tiempo, en Europa, que se había dado con él en Abisinia. BRADFORD.

3 El célebre geógrafo, astrónomo y cronólogo Tolomeo floreció bajo el imperio de Adriano y Marco Aurelio. Nació en Alejandría ó en Pelusa. Insinuado en los secretos más profundos de las ciencias matemáticas, y apasionado por la astronomía, pasó cuarenta años en un templo de Serapis situado en una eminencia cerca de Canopo, observando y calculando las revoluciones de los astros y planetas. De estas meditaciones constantes resultó el sistema de astronomía conocido con el nombre de Sistema

Marco Polo [1]? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles habría yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo que anden á un mismo paso la admiración y la alegría juntas. Y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio y el fin al principio y al medio, si no que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención á formar una quimera [2] ó un monstruo, que á hacer una figura propor-

de Tolomeo y una multitud de obras preciosas para las ciencias Una de ellas es la geografía principalmente recomendable por sus tablas en las que se fijaron las situaciones combinando las longitudes y latitudes.

1 Famoso viajero veneciano de la Edad Media, visitó las regiones de Oriente, y, según cuenta el mismo, estuvo veintiseis años en la gran Tartaria. Á su vuelta á Europa publicó sus viajes con el título de *Las maravillas del mundo.* Al principio fué tenida su relación como una cosa fabulosa, pero los viajes que posteriormente se hicieron á aquellos países justificaron muchas de aquellas narraciones.

2 Monstruo que, según la fábula, tenía la cabeza de león, el cuerpo de cabra y la cola de dragón y vomitaba llamas. El origen de esta fábula viene de una montaña del Asia Menor y que

cionada. Fuera de esto, son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente ajenos de todo discreto artificio; y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.

El Cura le estuvo escuchando con grande atención y parecióle hombre de buen entendimiento y que tenía razón en cuanto decía; y así le dijo que por ser él de su misma opinión, y tener ojeriza á los libros de caballerías, había quemado casi todos los de Don Quijote, que eran muchos. Y contóle el escrutinio que de ellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dijo que con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecían, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándole prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente

como el Etna y el Vesubio arrojaba llamas. Como en los alrededores de este volcán se criaban muchos leones y á la falda de la montaña pacían algunas veces cabras, de aquí el origen de la formación de este monstruo.

y comedido; acullá un desaforado bárbaro, fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado; y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante si se quisiere; puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón; y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención que tire lo que más fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada de estos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XXXII

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

—Así es como vuestra merced dice, señor Canónigo, dijo el Cura, y por esta causa son más dignos de reprensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningún buen discurso, ni al arte y reglas donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina [1].

—Yo, á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado. Y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondían á mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados de esta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que sólo atienden al gusto de oir disparates; y de todos he hallado una agradable aprobación; pero con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que vitoreado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vul-

1 Homero de la griega y Virgilio de la latina.

go, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento el de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historias, todas ó las más son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinión con los pocos; esto mismo vendrá á ser de mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo [1], y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinión que tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos é incorporados en su parecer, que no hay razón ni evidencia que de él los saque. Acuérdome que un día dije á uno de estos pertinaces: decidme, ¿no os acordáis que há pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales que admiraron,

1 Refrán muy antiguo que se usa para denotar á los que, además de hacer favor, ponen, para hacerlo, su traba o ó dinero.

alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que después acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el autor que digo, que lo debe de decir vuestra merced por *La Isabela, La Fílis y La Alejandra* [1]? Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar á todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La Ingratitud vengada*, ni le tuvo *La Numancia*, ni se le halló en *La enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendimientos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí á estas, con que á mi parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

— En materia ha tocado vuestra merced ,señor Canónigo, dijo á esta sazón el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia; porque

1 El autor de estas comedias fué Lupercio Leonardo de Argensola, natural de Barbastro, secretario de la emperatriz D.ª María de Austria, hermana de Felipe II. Más tarde fué también secretario del vireinato de Nápoles en donde murió.

¿qué mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? ¿Y qué mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningún mediano entendimiento, que fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo-Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofré de Bullón [1], habiendo infinitos años de lo uno á lo

1 Duque de Lorena y primer rey cristiano de Jerusalén. Nació á mediados del siglo XI en Bayry (ó Bezy) en Brabante. Era hijo de Eustaquio II. conde de Boulogne y de Ida, hija de Godofredo el Barbudo, duque de la Baja-Lorena, descendiente de Carlo-Magno. Á la muerte de su tío, Godofredo el Jorobado, el emperador Enrique IV se apoderó del ducado de la Baja-Lorena, pero para reparar algo el agravio que le hacía lo nombró marqués de Amberes. Militó en los ejércitos de Enrique en Alemania y en Italia. Declarada la guerra entre este príncipe y el Papa Gregorio VII, Godofredo fué el primero que entró en la ciudad eterna, y en la batalla de Volseim hirió mortalmente, con la lanza de la bandera imperial, á Rodolfo, emperador elegido por el Papa en lugar de Enrique. Arrepintiéndose después, de haber militado en favor del cisma, hizo voto de ir á Jerusalén, no como peregri-

otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verosímiles, sino con patentes errores de todo punto inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y qué lo demás es buscar gollerías. ¿Pues qué, si venimos á las comedias divinas[1]? ¡Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga á la comedia.

Todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles, porque los estranjeros, que con mucha pun-

no sino como libertador de los lugares santos. Fué uno de los primeros en tomar la cruz en 1095, á la voz de Urbano II que exhortaba á las cruzadas. Vendió todas sus posesiones para armar á 80,000 hombres, y después de ocho meses de viaje llegó á Constantinopla lugar de la cita general de los cruzados. Demostró extraordinario valor en todas las batallas, especialmente en la toma de Jerusalén, 15 de Julio de 1099. Proclamado rey de Jerusalén sólo aceptó el titulo de *barón del Santo Sepulcro.* Aseguró la conquista con la victoria de Ascalona sobre los Egipcios y murió, quizás envenenado por el emir de Cesarea.

1 Llamábanse *comedias divinas* las de vidas de santos y sucesos devotos. Eran entonces tan comunes que no había autor que no hubiese compuesto alguna, y eran muy comunes en ellos los despropósitos, las inverisimilitudes, las chocarrerías y hasta las herejías. Hablando de su número extraordinario dice Agustín de Rojas, citado por Pellicer:

Al fin no quedó poeta
En Sevilla, que no hiciese
De algún santo su comedia.

tualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no sería bastante disculpa de esto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues esto se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debían hacerse, pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo cual respondiera yo que este fin se conseguiría mucho mejor sin comparación alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere de ellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa de esto los poetas que las componen, porque algunos hay de ellos que conocen muy bien en lo que yerran y saben estremadamente lo que deben hacer, pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían

si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio [1] de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren [2]. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, después de representadas, tienen necesidad los representantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber

1 El felicísimo ingenio de que habla Cervantes es Lope de Vega. El número de sus conposiciones dramáticas raya en lo inverosimil. En el año 1602 habia escrito 483 comedias; 800 en el de 1618, 1070 en el de 1625 y 1700 en el de 1629. Á más escribió un sinnúmero de Autos sacramentales, loas, entremeses, que en todo bien puede decirse, como aseguran algunos, que pasaron de 2,000 sus composiciones teatrales. Por otra parte escribió veinte tomos de otra clase de asuntos, todo lo cual le hace muy acreedor á que Cervantes le llamara *felicísimo ingenio.* BASTÚS.

2 En efecto Lope de Vega en el *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, dice entre otras cosas:

Verdad es que yo he escrito algunas veces
Siguiendo el arte que conocen pocos;
Más luego que salir por otra parte
Veo los monstruos de apariencias llenos,
Á donde acude el vulgo y las mujeres
Que este triste ejercicio canonizan,
A aquel hábito bárbaro me vuelvo.
Y cuando he de escribir una comedia
Encierro los preceptos con seis llaves,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio,

representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobación, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y de esta manera los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrían representarlas: y aquellos que las componen mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían, temorosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende, y de esta manera se harían buenas comedias y se conseguiría felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo como la opinión de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos [1]; y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algu-

Para que voces no me den que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos:
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

1 Cervantes deseaba que se estableciera la previa censura de las comedias que hubiesen de representarse en el reino, como se hizo después, á fin de impedir la representación de piezas indecorosas, y prevenir los inconvenientes que podían resultarles á los mismos actores. ¡Cuantos desórdenes y escándalos se evitarían si todas las comedias que se representan hoy pasaran antes por la censura de personas competentes

nos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se oscureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación.

Á este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, cuando adelantándose el Barbero llegó á ellos y dijo al Cura: aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno, para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el Cura. Y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él también quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecía; y así, por gozar de él como de la conversación del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trajesen de ella lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde. Á lo cual uno de sus criados respondió que la acémila del repuesto, que ya debía de estar en la venta, traía recado bastante para no obligar á tomar de la venta más que cebada. Pues así es, dijo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras y haced volver la acémila.

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho, que podía hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba Don Quijote, y le dijo:

—Señor, para descargo de mi conciencia le quiero

decir lo que pasa acerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero, é imagino han dado esta traza de llevarle de esta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto [1]. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad. Y en lo que dices, que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera; lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza; porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, habrán tomado las de estos nuestros amigos para darte á tí ocasión de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones que no aciertes á salir de él aunque tuvieses la soga de Teseo; y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas,

1 Engañado y alelado.

como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamiento escede á cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco, y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana.

—¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz. ¿Y es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo [1] que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado. Sino, dígame, así Dios le saque de esta tormenta, cuando menos piense.

—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes...

—Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad

3 *No tiene meollo* frase con que se da á entender que alguna cosa no tiene sustancia. Dícese regularmente del que tiene poco juicio.

que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso después que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores y menores, como suele decirse?

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entienda vuestra merced lo de hacer aguas menores y mayores? Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa?

—Ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo. Sácame de este peligro, que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

—¡Ah! dijo Sancho. Cogido le tengo; esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad: No sé qué tiene Fulano, ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar que los que no comen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos á otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían; de manera que contra el uso de los tiempos no hay qué argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que po-

dría dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

—Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacción sería bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle de ella, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado según va de melancólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo, á la ley de un buen leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuesa merced tan desdichado, y yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iría tan limpia aquella prisión

como requería la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas y irse donde jamás gentes le viesen.

—Yo le fío de la fuga, respondió Sancho.

—Y yo y todo, dijo el Canónigo; y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando: cuanto más que el que estaba encantado como él no tenía libertad para hacer de su persona lo que quisiese, porque el que le encantó le podía hacer que no se moviera de un lugar en tres siglos, y si hubiere huído, le hará volver en volandas; y que pues esto era así, bien podía soltarle, y más siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle, les protestaba que no podía dejar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban.

Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra, le desataron, de que él se alegró infinito y en gran manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

—Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo, y diciendo esto Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mirábale el Canónigo, y admirábase de ver la estrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; pues solamente venía á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del Canónigo, le dijo:

—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le haya vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todo mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como á inventores de nuevas sec-

tas y de nuevo modo de vida, como á quien da ocasión que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algún león ó algún tigre de lugar en lugar para ganar con él, dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo y redúzcase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiese leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un Conde Fernán González Castilla [1], un Cid Valencia [2], un Gonzalo Fernández Andalucía [3], un Diego García de Paredes Estremadura, un Garci Pérez de Vargas Jerez [4], un Garcilaso To-

1 Es considerado como el que puso los primeros cimientos de la independencia castellana en el siglo X.

2 No fué Valencia sino Burgos ó sus inmediaciones la patria de Rui Díaz del Vivar. Cervantes sabía muy bien que el Cid no hizo sino conquistar á Valencia.

3 Es conocido con el dictado de el Gran Capitán, y era natural de Montilla.

4 Valeroso y esforzado caballero, natural de Toledo, según dice Mariana.

ledo [1], un Don Manuel de León Sevilla; cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, cuerdo sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do [2] según he sabido trae vuestra merced su principio y orígen.

Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo, y cuando vió que ya había puesto fin á ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo:

—Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos y peor en creerlos, y más mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesión de la caballería andante, que ellos enseñan, ne-

1 El Garcilaso de que se habla, dice Pellicer, no es el poeta, aunque también toledano y soldado valiente, sino otro Garcilaso, que en la Vega de Granada hizo varias proezas militares, entre ellas la de salir siendo muy mozo, contra un moro de extraordinario valor, que desafió á los capitanes del rey D. Fernando, y al mismo Rey, y que por befa traía prendida á la cola del caballo el *Ave María*, y el joven Garcilaso le venció, le cortó la cabeza, colgóla del arzón, y arrancó el *Ave María* de la cola del caballo: y por esto los Lasos traen en su escudo estas palabras de la salutación angélica.

2 De donde.

gándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pie de la letra como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazón el Canónigo. Á lo cual respondió Don Quijote.

—Añadió también vuestra merced que me habían hecho mucho daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de lectura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es, dijo el Canónigo.

—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrás con el puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? Que es tanta verdad como ahora es de día; y si es mentira también lo debe ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos, y también se atreverán á decir que es

mentirosa la historia de Guarino Mezquino, demanda del Santo Grial, y que son apócrifos los hechos de Don Tristán y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña, y es esto tan así que me acuerdo yo que me decía una mi abuela de parte de mi padre cuando veía alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella ó por lo menos debió de alcanzar á ver algún retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Piérres y la Magalona, pues aun hasta hoy se vé en la armería de los reyes la clavija con que volvía el caballo de madera, sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán tamaño como una gran viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cid y Bernardo del Carpio y otros caballeros semejantes de estos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, dígame también que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charny, llamado mosén Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama, y las aventuras y desafíos que tan bien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quijada, venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se

combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso, las empresas de mosén Luís de Falces contra Don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos de estos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería y así le respondió:

—No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles, y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia. Pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín de ellos escribe; porque la verdad de ello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía á lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen, y era como una religión de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos, y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decían en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hicieron las hazañas que dicen,

creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Piérres y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y por más señas dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho.

—Todo puede ser, respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recibí que no me acuerdo haberla visto. Mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO XXXIV

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron con otros sucesos.

—Bueno está eso, respondió Don Quijote. Los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobación de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? [1] Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, créame que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto; si no, léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: *¿tú caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago*

1 Crítica razonada y fuerte contra la ligereza con que se andaba en la censura, aprobación y licencia para la impresión de tales libros. Bastús.

estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas[1] *que debajo de esta negrura yacen?* ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios se arroja en mitad del bullente lago, y cuando ni se cata ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es más trasparente y que el sol luce con claridad más viva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá vé una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta: acá vé otra á lo brutesco ordenada, á donde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenado, mezclados

1 Las *Fadas* vienen á ser lo mismo que hechiceras ó magas, y se les dió este nombre ó *á fando*, de donde deriva la voz *Covarrubias*, porque anunciaban lo futuro, ó más bien de *fatum*, hado, lo que ha de ser fija é irrevocablemente; de donde viene *bienhadado, y malhadado.*

entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura; y ¿hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos lo cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego la que parecía principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y echarle un mantón sobre los hombros, que por lo menos dicen que suele valer una ciudad y aún más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil! [1] ¿Qué verle servir de todas las doncellas, guar-

1 De esta materia eran las sillas llamadas curules de los magistrados romanos. Se llamaba así una silla de marfil con los pies curvos y más altos que los regulares, la cual se colocaba sobre algunas gradas y era semejante á un trono. Era uno de los símbolos de la suprema autoridad. Había magistrados en Roma llamados curules, por el uso que podían hacer de estas sillas, no

dando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano, á cuál no? ¿Qué oir música, que en tanto que come, suena, sin saber quién la canta ni adonde suena? ¿Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar por la puerta de la sala otra doncella á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto, pues de ello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquier historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de

sólo en sus casas sino también en los tribunales, en las asambleas y en todas las otras funciones públicas, haciéndose llevar en ellas ó bien mandando conducirlas detrás de sí. Usaban en general de la silla curul los dictadores, los cónsules. el gran sacerdote de Júpiter, los procónsules, los pretores, los censores, algunos ediles y además aquellos que habían hecho servicios eminentes á favor de la patria en recompensa de lo cual se les concedía este honor.Las vestales gozaban también de esta distinción. Se cree que los romanos tomaron de los Etruscos el uso de las sillas curules durante el reinado de Tarquinio Prisco. Sin embargo vemos ya que Numa concedió el uso de una silla curul al flamen Dial como un distintivo de su dignidad. BASTÚS.

encantos, y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que á fe mía, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo:

—Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que les dan, sin curarse de otra cosa. Y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho, dijo el Canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero en administrar la

justicia ha de entender el señor del estado. Y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la intención de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines, y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haría mi gusto, y haciendo mi gusto estaría contento, y en estando uno contento no tiene más que desear, y no teniendo más que desear acabóse; y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.

—No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, dijo Don Quijote.

—Pero con todo eso, respondió el Canónigo, hay mucho que decir sobre esta materia de condados. Á lo cual replicó Don Quijote:

—Yo no sé que haya más que decir, sólo me guío por muchos y diversos ejemplos que podría traer á este propósito de caballeros de mi profesión, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de ciudades é ínsulas, y cual hubo que llegaron sus merecimientos á tanto, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadís de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Ínsula Firme? Y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer

conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto), que Don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto volvían los criados del Canónigo, que á la venta habían ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alfombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando todos en regocijo y fiesta, oyeron el son de una trompeta tan triste que les hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirla fué Don Quijote, el cual, se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos vestidos de blanco á modo de disciplinantes [1].

Era el caso que aquel año habían las nubes negado

1 Se llamaban así aquellos que iban á las procesiones de Semana Santa y otras penitencias, dándose azotes ó disciplinándose por las calles haciendo brotar sangre de sus espaldas. Este acto de penitencia declinó con el tiempo á otro de vanidad, por lo que se prohibió. El origen ó costumbre de los disciplinantes lo atribuyen algunos á las predicaciones de S. Antonio de Padua á principios del siglo XIII. S. Vicente Ferrer, para evitar muchos abusos que se habían introducido en esta práctica, dispuso que los disciplinantes llevasen una túnica blanca y cubierto el rostro. BASTÚS.

su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea, que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vió los estraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él sólo tocaba, como á caballero andante, el acometerla, y confirmóle más esta imaginación pensar que una imagen que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó; y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban:

—Agora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la Orden de la andante caballería. Ahora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes; y en diciendo esto, apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenía, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes; bien que fueran el Cura y el Canónigo y Barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo:

—¿Á dónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta que aquella es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla. Mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados, y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara.

Llegó, pues, á la procesión, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo:

—Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la estraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió diciendo:

—Señor hermano, si nos quiere decir algo dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razón que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

—En una lo diré, replicó Don Quijote, y es esta, que luego al punto dejéis libre á esa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algún notorio desaguisado le habedes fecho; y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece.

En estas razones cayeron todos los que le oyeron que Don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas [1]. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla, ó bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no había hecho mal á nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullía pie ni mano, y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta y dió á huir por la campiña como un gamo.

Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión que

1 Todo este pasaje, opina el caballero Jarvis en una nota á su traducción inglesa, que es una fina sátira contra la veneración de las imágenes. Verdaderamente que es preciso tener los aposentos del celebro tan huecos y vacíos como el mismo D. Quijote para deducir semejante ilación tan injuriosa, por otra parte, á la piedad y catolicismo de Miguel de Cervantes, acreditado en la *vida* y en sus *obras*.

los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, é hicieron todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores. Pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él, como toda la turba de los disciplinantes, fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decía:

—¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólo un mes de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué:

—Ayudáme, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, y volvamos á nuestra aldea en compañía de estos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.

El Canónigo y el Cura y el Barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así habiendo recibido gran de gustode las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como antes venía.

La procesión volvió á ordenarse y á proseguir su camino; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debía, el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y el Barbero, Don Quijote y Panza, y el bueno de Rocinante, que á todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso, y á cabo de seis días llegaron á la aldea de Don Quijote, á donde entraron en la mitad del día, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por la mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo

que en el carro venía, y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina, de que su tío y su señor venía flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos pobres señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas.

Á las nuevas de esta venida de Don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana [1] me traéis á mí? ¿Qué zapatos á vuestros hijos?

—No traigo nada de eso, dijo Sancho, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.

—De eso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer. Mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me

1 Gala de mujer llamada así porque la moda vino de Saboya.

veréis presto conde ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío, que bien lo hàbemos menester. Mas decidme: ¿qué es eso de ínsulas, que no lo entiendo?

—No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho. Á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos sus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Teresa Panza (que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar el apellido de sus maridos).

—No te acucies [1], Teresa, por saber todo esto tan apriesa; basta que te digo verdad y cose la boca. Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo por experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discreción y sin pagar ni un maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y su mujer, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en

1 Verbo anticuado que significa acongojarse, apurarse, apesadumbrarse, etc.

su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor de esta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticias de ellos, á lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico, que tenía en su poder una caja de plomo, que según él dijo, se había hallado en los cimientos desbaratados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas, y daban noticia de las prendas de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.

ÍNDICE

FIN DEL ÍNDICE

1-2.